

TEATRO UNIVERSAL

¡SI TU QUISIERAS!...

COMEDIA EN TRES ACTOS
DE
VICTORIANO SARDOU

30 cts.

AÑO I NUM. 1

VICTORIANO SARDOU

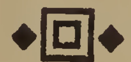
# ¡SI TU QUISIERAS!...

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

GONGORA Y SARABIA



TEATRO UNIVERSAL
MADRID

# REPARTO

| | |
|---|---|
| QUINTIN. | Cincuenta años. |
| JONAS. | Norteamericano, de veintiséis a treinta años. |
| TIO PEDRO. | Cincuenta y cinco años. |
| FELIPE LOTALA. | Veintitrés años. |
| OLIVEIRA. | Treinta años. |
| PEPIN. | Diez y seis años (criadito). |
| CLARA. | |
| TIA JUANA. | |
| DEBORA | |
| MATILDE. | |
| FLORA. | |
| SEÑORA SOLSONA | |

El primer acto en un chalet de las afueras de Madrid. Los dos siguientes en Laredo (Santander). Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

## ACTO PRIMERO

*Saloncillo.—Puertos al foro y laterales.—A la izquierda, una ventana.—Muebles modernos de buen gusto.*

*Al levantarse el telón, Matilde se separa de la ventana y va hasta Flora, que, sentada, lee un libro, para volver de nuevo a la ventana. De vez en vez pasea nerviosa.*

### ESCENA I

*Matilde y Flora.*

MATIL. No se lo perdono, no se lo perdonaré nunca. El a viajar, a recorrer tierras, a ver nuevos panoramas y nosotras encerradas en esta casucha, con honores de chalet. Y en las afueras de Madrid, en las afueras... ¿Pero no me oyes?

FLORA. Sí, sí...

MATIL. Esto es intolerable. Siempre el mismo espectáculo. la carretera polvorienta y el campo desierto... Bonita distracción... Pero no lo aguanto; ¡no lo aguanto!... (*A su hermana.*) ¡Flora!

FLORA. ¿Qué te ocurre?

MATIL. Te estoy diciendo que no aguanto la vida que llevamos desde que papá se fué a New-York.

FLORA. Ya, ya; es aburridísima.

MATIL. ¡Siempre encerradas!

FLORA. Y si al menos tuviésemos el derecho a fantasear un poco.

MATIL. Para tí, que te pasas el día leyendo novelas, eso es fácil; pero yo necesito agitación, movimiento... ruido... (*Se pasea nerviosa.*) Aquí, me siento como una

leona en la jaula... Quisiera arañar... y seguramente te figurarás a quién.

FLORA. A Clara.

MATIL. A ella... Papá podía habernos evitado esa señorita de compañía.

FLORA. Me parece que nos bastaba con la tía Juana, que vive en el hotel contiguo.

MATIL. Clara es insoportable.

FLORA. Intolerable.

MATIL. Con el pretexto de que papá es su padrino y la ha encargado de cuidarnos durante su ausencia, toma en serio sus funciones de Aya y nos prohibe salir...

FLORA. Y leer los libros que más nos gustan...

MATIL. Y mirar a un hombre... No habla más que de nuestras lecciones, de las conveniencias sociales, de la moral...

FLORA. Es prosaica como la cuenta de la cocinera.

MATIL. Y lo que más rabia me da, es ese aire de buena, de amable, que adopta... No se puede reñir con ella... (*Dirigiéndose a la ventana.*) ¡ Ah ! Mira...

FLORA. ¿ Qué?

MATIL. Tu enamorado... a caballo...

FLORA. Déjale...

MATIL. Siempre con el gesto melancólico y el suspiro en los labios. Ven a verlo.

FLORA. ¡ No te asomes !

MATIL. ¿ Por Clara?

FLORA. No le gusta que le hablemos.

MATIL. Pero la educación nos manda saludarle. (*Como si contestara.*) Buenos días. ¿ A la Castellana?... (*Se vuelve y le remeda en burla.*) ¡ Ay, a la Castellana !...

FLORA. ¡ Te va a oír !

MATIL. (*Como si hablase con él.*) ¿ Flora? (*Suspirando.*) Ay, sí ; está bien : en perfecto estado de salud...

FLORA. (*Riñéndola.*) ¡ Matilde !

MATIL. Se esconde detrás de mí para que usted no la vea... Tiene miedo... Adiós... Adiós...

FLORA. No me gusta que te burles de él.

MATIL. ¿ Pero has visto qué cara pone? Es un sauce el pobre.

FLORA. Lleva dos años fuera de Portugal, su patria, desterrado.

MATIL. Por demasiado alegre...

FLORA. Por cuestiones políticas... No tienes corazón...

MATIL. ¿Te molesta que hable de él?

FLORA. Yo no me río de Felipín, y sin embargo tiene de qué reirse...

MATIL. Ríete cuanto quieras... Por mí... Te advierto que Felipín... (*Entra Pedro.*)

FLORA. Lo dices ahora.

MATIL. Ya sabes que me tiene sin cuidado...

## ESCENA II

*Dichas y tío Pedro.*

TÍO P. (*Con un cesto.*) ¿Qué es eso? ¿Reñís?

FLORA. Hola, tío Pedro.

MATIL. No reñimos...

TÍO P. Me pareció que disputábais...

FLORA. ¿Cómo está la tía?

TÍO P. Bien, está bien. (*A Matilde que va a mirar el cesto.*) Quieta, Matilde, quieta...

MATIL. ¿Qué traes ahí?

TÍO P. Nada; un poco de carne...

FLORA. ¿Has ido tú a la compra?

TÍO P. No, a la compra precisamente no... pero he comprado algunas cosas. Sin proponérmelo, desde luego, sin proponérmelo. Es que he salido a dar una vuelta y al ver en una carnicería una res que tenía buena cara, me he dicho: "Veamos si está tierna"... Y he comprado medio kilo de chuletas.

MATIL. ¿Nada más?

TÍO P. ¡Quietas, quietas!... ¡Quieta te digo, Flora!...

FLORA. ¿Las vas a freir con una langosta?

TÍO P. ¡Matilde! ¡Matildita!

MATIL. Por lo menos aceite lleva.

FLORA. Y fruta para postre...

TÍO P. ¿Qué queréis?...

MATIL. Nada: Con eso basta para comer.

TÍO P. Me he dejado conquistar... La langosta me la han dado casi de balde y la fruta...

FLORA. Pero siquiera eres precavido.

MATIL. Llevabas el cesto...

FLORA. Y la botella para el aceite.

TÍO P. Los cogi al azar... al salir: por llevar algo en las manos... Soy un hombre que no puede ir con las manos vacías.

MATIL. Ya, ya.

FLORA. ¿Y qué hace la criada?

TÍO P. ¿La criada?... Tiene mucho trabajo: mucho. Ha de cuidar de la casa cuando yo no estoy...; tenerlo todo en orden... No va a hacer esos trabajos mi mujer.

MATIL. ¿Por qué no?

TÍO P. ¡Oh!, ¡oh!... Vosotras conocéis bien a vuestra tía... Juana no es una mujer como todas, no... Es una mujer... una mujer superior.

FLORA. ¿Superior a qué?

MATIL. ¿A quién?

TÍO P. Superior a todo y a todos... Especialmente a mi: lo digo con orgullo... Muy superior, tan superior, que me aplasta con su superioridad. Cuando me casé, me dijo vuestro abuelo, que Dios tenga en gloria: Querido yerno, puedes vanagloriarte de ser el feliz poseedor de una mujer como hay pocas.

LAS DOS. ¡Ah!

TÍO P. "Mi Juana no pierde el tiempo en coser, ni en fregar; no sabe hacer ninguna labor casera, eso no: pero ¡tiene una inteligencia, y un dominio y una voluntad! Es una mujer hecha para mandar; una mujer que para ser perfecta no le falta "más que ser hombre"...

FLORA. ¿Hombre?

TÍO P. Hombre.

MATIL. Oye, tío; y mientras tú vas a la compra, así, sin proponértelo, ¿qué hace ella?

TÍO P. ¿Ella? ¡Cáspita!... Pues veréis... Ella... trabaja enormemente.

FLORA. ¿En qué?

TÍO P. De cabeza... Es una intelectual. Sí... Está al corriente de cuanto ocurre... fuera de casa, porque es su-

perior a todos los pequeños detalles, a todas esas minuciosas vulgaridades del hogar... Yo, a veces me pregunto por qué no me diría todo ésto antes de la boda... (*Se detiene.*) Pero eso no os interesa... Vosotras no comprendéis... ¿Y Clara?

## ESCENA III

*Dichos y Clara.*

CLARA. (*Fuera.*) Aquí estoy, don Pedro... Buenos días... (*Entra con flores.*)

TÍO P. Buenos días, Clara. (*Se acerca a su cesto.*) ¿Del jardín?

CLARA. Sí, señor, como puede usted ver. (*A ellas.*) ¿Qué hacéis?

MATIL. Ya ves...

CLARA. ¿Por qué no estudiáis un ratito el piano?

MATIL. Si vieras la gana que tengo hoy... (*Coge de manos de Clara dos ramos y los pone en los jarrones.*)

FLORA. Y yo...

CLARA. ¿No tenéis ganas? Vaya, vaya: no está bien que dos señoritas distinguidas no sepan música...

MATIL. Tengo mareos, Clara... Me han dado mareos.

FLORA. Y a mi palpitaciones...

CLARA. Sí, sí: tu te mareas fácilmente, Matilde, cuando no correteas por el campo... Y el corazón de Flora palpita pensando en un paseo por la Castellana.

MATIL. (*A media voz.*) Hace tanto tiempo que no...

CLARA. Comprendo, comprendo: en vez de trabajar, admiramos el campo desde la ventana y a la vez vemos la gente que pasa a pie... y a caballo... (*con intención.*), sobre todo, a caballo. (*Movimiento de ellas.*) Y todos con una cara de alegría y satisfacción... (*Mientras habla va colocando las flores.*)

MATIL. Todos, no...

CLARA. Sí, hasta el señor Oliveira, al que he encontrado hace un momento. Iba canturreando una cancioncilla.

FLORA. (*Rápida.*) ¿Qué?

CLARA. Confieso que el pobre, al verme, recordó de pronto los dolores del destierro porque se calló y, ponién-

dose muy triste, me saludó con un suspiro que partía el alma.

FLORA. Cantaría algún aire de su país.

CLARA. Sí, un fox-trot norteamericano.

MATIL. Eso va para ti.

FLORA. Está mintiendo, tengo la evidencia.

MATIL. ¿Crees?

FLORA. Quisiera ir a la Castellana por verlo.

MATIL. Espera... (*Se acerca a Clara y se inclina cariñosa.*) Oye, mamá pequeñita... ¿nos dejas ir a dar un paseo?... Llevamos muchos días sin salir y nos sentaría muy bien para la salud...

CLARA. No puedo acompañaros, Matilde... Es lunes, día de cuentas...

TÍO P. ¿Lunes?... ¿Es lunes? (*Se precipita al cesto.*)

MATIL. ¿Pero qué te importa, tío?

TÍO P. ¿Cómo? ¿Que qué me importa? Es el día de mi lavandera y tengo la ropa sin contar... Y vositras sin decírmelo... ¡Diablo!... (*Sale precipitadamente foro.*)

## ESCENA IV

*Dichos menos Pedro; al final Pepín.*

MATIL. No le estorban las faldas para correr.

FLORA. ¡Qué mala eres!

CLARA. ¡Matilde!

FLORA. (*Se acerca a Clara.*) Mamita.

MATIL. ¿No quieres que salgamos?

CLARA. No me gusta oponerme a vuestros deseos, lo sabéis; pero no puedo ser demasiado buena porque eso os perjudica y luego me reñirá vuestro padre.

MATIL. ¡No te vuelvas atrás!... No te vuelvas (*La besa.*)

FLORA. ¡Lo ha dicho, lo ha dicho!... (*Idem.*)

MATIL. Saldremos con Pepín...

CLARA. ¡No, no!... Con Dionisia. Es más conveniente... y tengo más confianza en ella.

FLORA. Como si no supiéramos cuidarnos nosotras.

MATIL. Ya llegará el día que seamos libres...

FLORA. Y ese día...

PEPÍN. (*Entra.*) El señor Lotala...

CLARA. Que pase.

## ESCENA V

*Dichas y Felipe.*

FELIPE. ¡Buenos días, Matilde!... Buenos días, Flora...
MATIL. Buenos días.
FLORA. Buenos días.
FELIPE. Buenos días, Clara.
CLARA. Va usted a perdonar a Matilde y Flora, señor Lotala. Precisamente se disponían a salir en el momento que usted ha llegado.
MATIL. (*Rápida.*) Lo podemos dejar...
CLARA. No, no... El paseo es necesario para la salud... y puesto que el señor lo permite...
MATIL. (*Aparte.*) Ahora que me molesta.
FLORA. ¿Vienes?
MATIL. Sí...
FLORA. Buenos días.
FELIPE. A los pies de ustedes.
MATIL. Buenos días...
FELIPE. Servidor... (*Salen Matilde y Flora.*)

## ESCENA VI

*Clara y Felipe.*

CLARA. Siento verdaderamente, señor Lotala, que hayan tenido que salir...
FELIPE. Permítame que yo, en cambio, me congratule. Venía a pedir el favor de una conversación particular.
CLARA. ¿Conmigo?
FELIPE. Si usted me lo permite... (*Ella le señala una silla y se sienta enfrente.*) Ante todo, Clara, deseaba pedirle noticias de mi amigo Quintín.
CLARA. Le esperamos de un día a otro.
FELIPE. ¿Tran pronto?
CLARA. Diga, mejor, tan tarde. Era muy poco lo que tenía que hacer en New-York. Usted sabe el objeto de su viaje.
FELIPE. Sí, he oído hablar de cierta herencia...

CLARA. Unos talleres de fundición y forja en Laredo, cerca de Santander.

FELIPE. Caramba, caramba... Una fábrica que vale muy bien dos millones de pesetas. Yo soy de la Montaña, Clara, y sé qué talleres son. Una fábrica, una verdadera fábrica.

CLARA. Entonces sabrá usted que el difunto Quintín, tío de mi padrino, era un hombre inteligente, pero muy fantástico, monomaníaco.

FELIPE. Sí, he oído hablar de él.

CLARA. Desde hacía diez años se negaba a recibir, sin motivo aparente, a sus herederos legítimos. Por eso mi padrino y su hermana, doña Juana, se habían resignado a vivir modestamente de sus escasas rentas; pero el señor Quintín ha muerto sin testar y la herencia les corresponde de derecho.

FELIPE. Un millón para cada uno...

CLARA. No, porque hay un tercero, un hermano de mi padrino y de doña Juana, que vive en New-York desde hace muchos años. El viaje no ha tenido más objeto que recabar de ese hermano que se asocie al negocio para no verse en la precisión de vender o dividir los talleres.

FELIPE. Está muy bien: es preferible que los exploten en sociedad...

CLARA. Desde luego...

FELIPE. ¿Me permite usted, Clara, que ahora hable un poco de mi?

CLARA. Es usted muy dueño.

FELIPE. Primeramente quería decirla que al volver de Francia, hace un mes, me sorprendió encontrar en esta casa a una persona que tuve ocasión de conocer, mejor dicho, de admirar, en muy distinta forma...

CLARA. (*Sorprendida.*) ¿Habla usted de mi?

FELIPE. De usted, Clara. Hace dos años asistí a una fiesta en Zaragoza, en casa de la señora de Belazteguía, donde la vi a usted bailar, es decir, donde tuve el honor de ser su compañero de baile. Usted lo ha olvidado y yo, tal vez, debiera de imitarla, porque bailo horriblemente.

CLARA. ¡Ah, sí! Efectivamente, ahora recuerdo a aquel bailarín...

FELIPE. Tan torpe... era yo...

CLARA. Le ruego que me perdone usted... por no haberle conocido...

FELIPE. No es extraño. ¡Estaba usted aquella noche rodeada de tantos admiradores! Era preciso atravesar una verdadera muralla humana para conseguir de usted un duodécimo baile.

CLARA. ¿Se burla usted?

FELIPE. (*Rápido.*) No, no... Hablo seriamente. Era usted la reina... La música, las flores, las joyas, las luces, todo parecía ser su dominio... No la extrañe, pues, mi dolorosa sorpresa cuando me presentaron a la mujer que vi tan festejada y admirada...

CLARA. Como una simple ama de llaves...

FELIPE. A tal extremo, que he vacilado mucho tiempo por temor a despertar en usted dolorosos recuerdos.

CLARA. Sólo uno, señor Lotala: la muerte de mi pobre padre.

FELIPE. Que se arruinó, según dicen, porque especulaba.

CLARA. (*Rápida.*) Si viviese sería bastante rica.

FELIPE. Verdad, sí; no se hubiera visto precisada a aceptar la hospitalidad de su padrino... ¿Puede usted resignarse a esta vida mezquina?

CLARA. La vida no es mezquina, señor Lotala. Donde existen deberes que cumplir todo es grande.

FELIPE. (*Mirándola.*) Sí, cierto, cierto... Pero el cambio brusco...

CLARA. No hablemos más de eso... Hoy, en vez de martirizar el piano y ensuciar lienzos, coso y arreglo una casa.

FELIPE. ¿Sin quejarse?

CLARA. Sin quejarme..., acaso no; pero sin pesar, sí; estoy segura. Pero usted me ha dicho que deseaba hablarme de su persona y me parece que ha equivocado el camino.

FELIPE. Al contrario, lo he hallado. (*Se levanta.*) Clara: yo tengo treinta años, pertenezco a una familia digna, merezco buen concepto a la gente, tengo ocho mil duros de renta y algunas esperanzas... (*Clara le mira*

*con extrañeza.*) La amo a usted y tengo el honor de preguntarle si me aceptaría por esposo.

CLARA. (*Se levanta sorprendidísima.*) ¿Me ama usted?

FELIPE. He dudado hasta este momento; pero no vacilo más, porque ahora leo claro en mi corazón. Es usted la que me atrae y debía usted haberlo observado.

CLARA. No...

FELIPE. Pues es cierto: la amo.

CLARA. Permítame...

FELIPE. La a...

CLARA. (*Interrumpiendo.*) Señor Lotala: es usted un hombre honrado y me han conmovido sus palabras; pero debo decirle que yo no pienso en casarme todavía, en primer lugar, y, en segundo, que creo que se equivoca usted.

FELIPE. ¿Que me equivoco?

CLARA. Sí. No soy yo la mujer que usted ama.

FELIPE. ¿Que no es usted?

CLARA. No. Se ha dejado usted llevar de un sentimentalismo muy noble, muy loable.... Pero mire usted a su alrededor y se convencerá usted de que yo no soy ella.

FELIPE. ¿Que no?... ¿Pues quién?...

CLARA. Matilde.

FELIPE. ¿Matilde? ¿Cree usted?...

CLARA. Sí.

FELIPE. ¿Usted cree que yo amo a Matilde?

CLARA. Estoy segurísima.

FELIPE. Verdad; me gusta bastante, es cierto... le encuentro atrayente...; pero no tiene comparación...

CLARA. No es posible comparar... Ella tiene dieciocho años y yo, señor Lotala, estoy en los veintitrés; ella es una masa moldeable a voluntad del hombre que sea su esposo y yo tengo un carácter ya determinado y difícil de modificar; y, por último, ella tiene una buena dote y yo...

FELIPE. (*Con nobleza.*) No, eso no, Clara.

CLARA. Sé perfectamente que su corazón es noble. Y porque lo sé me ha conmovido su generosidad y como me interesa su dicha, quiero ayudarle a encontrarla.

FELIPE. Usted cree que Matilde...

CLARA. La quiere usted. Vuélvase a su casa, reflexione dete-

nidamente y se convencerá de que he dicho la verdad.

FELIPE. Sí... Ella es bonita...

CLARA. Muy bonita.

FELIPE. Espiritual, exquisita... y vivaracha... Tal vez demasiado vivaracha,

CLARA. Es necesario... Se completan... Usted vacila siempre...

FELIPE. Cierto...; no se me había ocurrido... Vacilo siempre. Pero me parece que tiene una voluntad muy suya.

CLARA. Ayudará a la de usted, que es débil.

FELIPE. Ciertamente; la tendrá por mi...

CLARA. Además es buena; siempre alegre, jovial...

FELIPE. Jovial: me encanta su jovialidad. Hasta creo que la amo por eso...

CLARA. (*Se sonríe.*) La ama usted... acaba de confesarlo...

FELIPE. Pero...

CLARA. Lo sabía; estaba segura.

FELIPE. Vaya, bueno... será preciso que la ame por el amor de usted.

## ESCENA VII

*Dichos y Pepín.*

PEPÍN. (*Fuera, gritando.*) ¡ Señorita ! ¡ Señorita Clara !

CLARA. ¿ Qué ocurre?

PEPÍN. ¡ El, él !... ¡ Aquí está !

CLARA. ¿ Quién?

PEPÍN. ¡ El señor ! ¡ El señor está aquí ! (*Entra Pepín al decir ésto.*)

CLARA. ¡ Mi padrino !...

FELIPE. ¿ Aquí?

CLARA. Ya lo oye usted... Pero no es posible... No... (*Se dirige puerta foro, donde se oye la voz de Quintín.*)

## ESCENA VIII

*Dichos, Quintín. Luego Debora.*

QUINT. (*Fuera.*) Por aquí, Debora, por aquí.

CLARA. ¡ Mi padrino !

QUINT. (*Entrando.*) ¡ En persona, Clarita, en persona !

CLARA. ¡Qué alegría! (*Le besa.*)

QUINT. Vivito y coleando... Espera que deje esto para darte un abrazo... (*Deja los bultos que trae.*) ¡Vaya, vaya!... ¡Hola Felipe!... Buenos días. (*Le da la mano.*) ¿Está usted bien?

FELIPE. (*Haciendo un gesto al apretón.*) Bien, bien... ¿Y el viaje?

QUINT. Soberbio... Gracias... ¿Y Matilde? ¿Y Flora?

CLARA. En seguida van a llamarlas... ¡Pepe! ¡Pepe!

PEPÍN. (*Asomando.*) Voy a buscarlas, señorita. (*Se va.*)

QUINT. ¿Han salido?

CLARA. Sí, con Dionisia... No le esperábamos hoy... Ha llegado usted tan de improviso...

QUINT A la norteamericana, en barco norteamericano... No se sabe nunca cuando llega. Son rayos, hija, rayos... Salen disparados... ¡Zis!... Y ya están... ¡Qué nación!... ¡Qué pueblo! ¡Qué... (*Se oye la voz de Debora que dice "Yes", "Yes" y parece que contesta a las exclamaciones de Quintín.*) ¡Ah, los equipajes!... (*Va al foro y entra con Debora.*) A propósito... Te presento a miss Debora... Una persona que... una mujer que... bueno, ya verás; ¡norteamericana!

CLARA. Siempre será bien acogida, miss.

DEBORA. ¡Aoh! Contentísima. (*Con marcado acento inglés.*)

QUINT. Miss Debora: nuestro amigo Lotala; un excelente muchacho al que apreciamos.

DEBORA. (*Se le aproxima y lo examina.*) Yes; un muchacho aceptable. ¿Cuánto vale?

CLARA. (*Aparte.*) ¡Lo irá a comprar!

FELIPE. Yo... no valgo... mi modestia.

QUINT. No, hombre, no... No comprende... No ha estado usted en Norteamérica. Pregunta qué valor tiene usted en dinero, en dólares... Que cuál es su fortuna...

FELIPE. ¡Ah!...

QUINT. Este joven vale ciento cuarenta mil dólares, miss, algo escasos al cambio... Ciento cuarenta mil, ni más, ni menos.

DEBORA. ¡Aoh!... Le felicito...

FELIPE. (*Estupefacto.*) Pero entonces esta mujer...

QUINT. (*Se ríe.*) ¿Eso le sorprende?... Hay que viajar, amigo mío, hay que viajar... Norteamérica es un país prác-

tico. Lo real, lo positivo: el dólar... Lo demás, nada. ¡Magnífica nación!... ¡soberbia!...

CLARA. Pero, padrino, ¿se ha convertido usted?...

QUINT. Yanqui, hija, yanqui en cuerpo y alma. Desde los pies a la punta de los pelos... (*Señalando según enumera.*) Abrigo de lana-cuero, llamado Dibson; pantalones algodón-cuero, llamado Jotson; chaqueta de tela-cuero, llamada Tripson; camisa de seda-cuero, llamada Blagson; zapatos de cauchout-cuero, llamado Trotton...

CLARA. (*Examinándolo todo.*) ¡Qué horror!

QUINT. Práctico, práctico... Cosas impermeables, que no se descosen, que no se estropean, que no calan... ¿Que diluvia?... Seco. ¿Te caes al mar? Nada... Y luego, eterno... Cosas de Norteamérica, la grande, la fabulosa, la fantástica nación!... (*Se sienta.*) ¡Uff... quisiera tomar algo para reponerme!

CLARA. ¡Pepín! (*Se asoma a la puerta y habla como si diera una orden.*)

QUINT. Pero es inútil... Aquí no se bebe alcohol. ¡Con las ganas que me tomaría un "gin-toddly" o un "whisky-punch"!...

DEBORA. ¡Oh, yes, yes!

QUINT. Pero no se bebe, miss Debora... No... (*Ve entrar a Pepín con una bandeja.*) Pues sí se bebe... Creía encontrarme aun en New-York... Pero afortunadamente me encuentro en España... Vino andaluz...

CLARA. (*Sirviendo tres vasos.*) ¿No se bebe en Norteamérica?

QUINT. ¡Oh, no! ¡no!... Aquel es un país nuevo, moderno, adelantado: son sobrios... Una copa, miss Debora.

DEBORA. Yes, yes...

QUINT. Yo me voy a desquitar ahora... (*Bebe de un trago. Debora le imita. Clara sirve de nuevo.*)

FELIPE. Y la miss...

CLARA. (*Sirviéndole.*) Debora...

DEBORA. Yes, yes...

QUINT. Muy sobrios... No beben (*Al mismo tiempo Debora ha vaciado de un trago su copa.*) No beben más que los millonarios, pagándolo a peso de oro el que entra de contrabando, y los enfermos... Por eso hay muchos.

enfermos... Yo mismo me puse alguna vez para que me lo recetaran los médicos...

CLARA. Se bebe con receta...

QUINT. Con receta... ¿Y mis hijas?... ¡Estoy deseando abrazarlas!

CLARA. La culpa es suya, padrino; debió usted avisar...

QUINT. ¿Avisar? Los norteamericanos no avisamos: eso se queda para los españoles. El que quiere viajar, viaja. Se va a la estación y se toma el tren... Se toma el tren que parte... Estilo relámpago. Un día, tres días, ocho días de ferrocarril... ¡Zas! Hay un choque, y ¡paf!, se pasa del tren al barco... Se navega y ¡buum!... estalla la caldera... Y saltas por el aire al puerto de destino y caes sobre tus propios pies...

CLARA. ¡Padrino!...

QUINT. (*Que se va animando con el vino.*) ¿Y las habitaciones?... ¿Y las calles?... ¿Y los coches? ¿Y los hoteles?...

DEBORA. ¡Aoh!...

QUINT. ¿Las comodidades españolas?... ¡Qué pobreza!... Allí salta uno de la cama, toca un botón y la ropa cae sobre el cuerpo prenda a prenda; toca otra botón y en el acto baja un cepillo y, suavemente, le va cepillando de la cabeza a los pies. ¿Se le ocurre tomar un baño? Da vuelta a una llavecita y la cama se transforma en una pila al son de una música deliciosa... Aprieta un poco aquí y se apaga la luz; aprieta más allá y se enciende la chimenea; tira del cordón de una campanilla y surge el periódico; da un golpe y aparece el desayuno; oprime un muelle y su camisa sucia desaparece y vuelve blanca como la nieve por debajo de la puerta.

DEBORA. ¡Aoh!... (*Se desmaya.*)

FELIPE. ¿Qué le ocurre?

QUINT. ¡Oh, torpe de mí!... He nombrado la camisa y el pudor... ¡Miss! ¡Miss!... Aquella es una nación púdica... ¡Miss!

DEBORA. ¡Qué vergüenza!...

CLARA. Quizás un poco de aire...

DEBORA. Yes..., yes...

QUINT. Clara la llevará a dar una vuelta por el jardín.

DEBORA. ¡Oh, no! ¡Clara, no!
QUINT. ¿No?
DEBORA. Prefiero que el señor...
QUINT. ¿Lotala?
DEBORA. Yes... Tala...
QUINT. ¿Quiere usted hacer el favor... amigo Felipe?...
FELIPE. Sí, sí señor... (*Aparte.*) ¡Caramba con la yanqui!
DEBORA. Déjeme apoyar... estoy débil...
FELIPE. Apóyese usted... (*Vanse.*)

## ESCENA IX

*Clara y Quintín.*

QUINT. (*Viéndolos salir.*) ¡Qué magnífico temperamento!... ¡Qué magnífico!...
CLARA. Padrino, cuénteme algo del resultado de su viaje.
QUINT. Excelente.
CLARA.—¿Ha conseguido el consentimiento de su hermano?
QUINT. ¿De mi hermano? ¡No!... Mi hermano murió un mes antes de mi llegada.
CLARA. ¿Eh?
QUINT. Seguramente por no verme.
CLARA. ¡Padrino!
QUINT. Pero yo no me he molestado por eso... Era un carácter raro, extravagante, como el tío. Se escapó de casa a los diez años y en todo ese tiempo no ha querido saber nada de nosotros.
CLARA. ¡Cincuenta años sin verse!
QUINT. Cincuenta... No era un hombre normal; pero supo hacer fortuna. Los norteamericanos gustan de los caracteres decididos, resueltos. Instaló una fábrica de aserrar maderas en grande y se enriqueció...
CLARA. ¿Entonces la herencia?...
QUINT. ¡Ta, ta!... Hay otro heredero. Se casó allí; mejor dicho, lo casó nuestro tío en uno de sus viajes y tuvo un hijo.
CLARA. Un hijo único...
QUINT. Unico... Hijo único y de un género también único, como su padre.
CLARA. ¿Lo ha visto usted?

QUINT. No. Me han dicho que se fué a California hace diez años y no se tienen noticias de él...

CLARA. Pues sí que es extraña la familia.

QUINT. ¡Norteamericana! ¡Raza enérgica!...

CLARA. ¿Y no ha hecho usted más que eso en el viaje? ¿Enterarse de que existe un heredero?

QUINT. ¿Querías que fuese a California? No; está muy lejos; pero he hecho algo práctico. He publicado un anuncio en los periódicos.

CLARA. ¿Un anuncio?

QUINT. Es costumbre allí. Yo hice publicar un anuncio que decía: "Juan Mario Quintín, propietario, desea saber si su sobrino Jonatan Quintín, hijo de Augusto Quintín, español residente en New York, se encuentra en el mundo y, en este caso, le invito a contestarme. Se trata de una herencia." Y puse la dirección de la fábrica: Laredo, Santander, España.

CLARA. ¿Por qué aquélla dirección?

QUINT. Porque nos marchamos en seguida. Quiero ponerme al frente de los talleres. Tengo la tutela de la herencia. Allí le esperaré.

CLARA. ¿Y si no llega?

QUINT. ¿Que no llega? Tú eres española; no comprendes esto. Si se tratara de pagar podría dudarse, pero... de una herencia... ¡Viene!..., ¡ya lo creo!

CLARA. Quizás conteste...

QUINT. Es igual. Escriba o se presente, mi hermana Juana y yo le ofreceremos que se asocie a nosotros en vez de dividir la fábrica, y le propondré el matrimonio con una de mis hijas.

CLARA. ¿Sin conocerlas?

QUINT. Es lo mismo; estilo americano.

CLARA. Puede rehusar porque no le convengan, porque no le gusten...

QUINT. Un hombre práctico, positivo, no tiene escrúpulos. Se casará a ojos cerrados.

CLARA. El, acaso. Usted lo asegura y yo lo creo; ¿pero ellas?

QUINT. ¿Cómo?

CLARA. Ya no son dos niñas: tienen su corazoncito y su

cerebro... En Matilde, especialmente, se observa cierto aire de independencia...

QUINT. ¡Bah!...

CLARA. ...que me inquieta. Y Flora da pruebas de una imaginación fantástica...

QUINT. No te preocupes.

CLARA. Créame que no ha sido tan fácil como parece sujetar a esta parejita durante su ausencia. Teníamos constantes discusiones, ya por el trabajo, ya por el paseo, ya por las visitas. A Flora la domina la pasión de la lectura, a Matilde la de los espectáculos. Las he retenido y de ahí malos humores y enfados... Además, hemos tenido un poquito de novela sentimental...

QUINT. (*Riéndose.*) ¿Sí?

CLARA. Un portugués, desterrado por cuestiones políticas; un noble, según él dice. Muy melancólico, dulce, triste, lleno de "saudades", pronto hizo mella, con su romanticismo de mala ley, en la imaginación de Flora. Consiguió que lo presentasen a su hermana, doña Juana, y empezó a visitarnos con frecuencia. Tuve que poner término a las visitas...

QUINT. (*Riendo.*) Y vinieron las quejas...

CLARA. Sí, señor. Ahora, el caballerito ha tomado la costumbre de pasar dos veces al día bajo la ventana donde la joven gime prisionera... En una palabra, me alegro que haya usted vuelto.

QUINT. ¿No ocurre nada más?

CLARA. Nada. Aquí tiene usted mis libros de cuentas...

QUINT. (*Cogiendo el cuaderno.*) ¿Qué es esto?

CLARA. La cuenta del dinero que me entregó usted al marchar.

QUINT. ¿Y te queda todavía?... ¡Vaya administradora!... Ven aquí; dame un abrazo: eres una perla. Y ahora que puedo considerarme casi millonario quiero que dejes todas tus obligaciones, que estés en mi casa como si fuera la tuya, la de tu padre...

CLARA. ¡Padrino!

QUINT. Sí, porque eres una buena, buenísima muchacha: ordenada, económica... Una excelente ama de lla-

ves, que no merezco... Harás la felicidad de tu marido; pero nunca la de tus hijos.

CLARA. ¡Padrino!...

QUINT. ¡Nunca! Te confío el cuidado de mis hijas y las prohibes leer, pasear, ir al teatro... Todo lo que constituye la atracción de la vida... Las prohibes hasta respirar... ¿Pero es que tú eres la encarnación de la inmovilidad, del prejuicio, de la reacción, de la tiranía, del feudalismo, del obscurantismo?

CLARA. Pero...

QUINT. ¿Por qué no enrejaste las ventanas y tomaste servidores sordomudos?...

CLARA. Yo creía..., padrino...

QUINT. (*Sigue.*) ¿Y te atreves a ensalzar tu obra ante un hombre que viene de un país donde las muchachas viajan solas durante tres, seis, nueve meses?... ¿Donde reciben a quien las place, donde si los tranvías van llenos, se sientan modestamente sobre las rodillas de los viajeros?

CLARA. Cierto que yo no las he enseñado...

QUINT. Esa es tu equivocación... ¿Acaso quiero yo a mis hijas tan simples, tan chiquillas, que sólo sepan decir "papá y mamá"? ¡Cáspita! Quiero que mis hijas sean dos muchachas resueltas, varoniles; dos mujeres fuertes, en una palabra, educadas a lo yanqui.

CLARA. Sin embargo, padrino...

QUINT. (*Sin dejarla.*) Porque la primera condición para obrar bien es la de encontrarse en situación de obrar mal; porque la mujer tiene derecho a su parte de instrucción, de sol, de placeres, de derechos políticos, lo mismo que el hombre; porque las mujeres no están hechas para ser siempre mujeres, ni las muchachas para quedarse siempre en muchachas; y cuando éstas lleguen a ser mujeres, si no las hemos tratado antes como mujeres, cuando eran muchachas, sólo sacaremos pésimas mujeres..., ¡porque es necesario que sean muchachas antes de ser mujeres y no hay en el mundo mujer que primero no haya sido muchacha, y...

CLARA. Pero, padrino: ¡No le entiendo!...

QUINT. ¡Vete, vete con tus ideas!... Serás mi hija; pero nunca la educadora de mis hijas...

## ESCENA ULTIMA.

*Dichos, Matilde, Flora, tía Juana, Debora, tío Pedro y Felipe.*

MATIL. (*Fuera.*) ¡Papá!
FLORA. (*Id.*) ¡Papá!
QUINT. Aquí están... "¡For ever!"
MATIL. (*Entra corriendo.*) ¡Yo soy la primera...!
FLORA. (*Id.*) ¡Yo, yo!... (*Se abrazan a él.*)
MATIL. ¡Papá! ¡Papaíto!
FLORA. ¡Papá mío!
QUINT. Queridos ángeles... (*Las besa.*) ¡Vaya, vaya!... ¿Pues no estoy llorando?
TIA. J. (*Entrando. Es una mujer "intelectual".*) ¿Dónde está, dónde está?... ¡Sí, a fe mía, es él!
QUINT. ¡Hola, hermana! (*La abraza.*) Y tú, Pedro... (*Lo abraza.*) ¡Todos! Están todos... Pero yo tampoco me he olvidado de vosotros. Os he traído unos recuerdos...
TODOS. (*Exclamaciones diversas.*) ¡Ah! ¡Oh! ¿Sí?
QUINT. Un colibrí precioso para Clara; una biblia de los Mormones para mi hermana; un traje de piel roja para su marido...
MATIL. ¿Y para nosotras?
QUINT. Para vosotras traigo un mundo lleno de cosas, pero, sobre todo, hijas mías, sobre todo, os traigo un regalo inapreciable.
LAS D. ¿Qué?
QUINT. (*Señalando a Debora, que entra por el foro con Felipe.*) ¡Ahí lo tenéis...! ¡La señorita!...
MATIL. ¡Oh!
FLORA. ¿Eso?
MATIL. ¿Y para qué?
QUINT. Para que sea vuestra institutriz: una institutriz yanqui.
TIA. J. (*A Pedro.*) Inclínate, Pedro. ¡Este es el porvenir!
CLARA. (*Aparte.*) Y un poco el pasado.

DEBORA. (*A Quintín.*) Pero hágame penetrar... Preséntemc señor, usted...

QUINT. Sí, miss, sí... No le extrañe que me haya recogido, miss, en mí mismo... Quería hacerlo más dignamente. (*Con énfasis.*) Miss Debora, queridas hijas, no es una institutriz vugar, ¡no!; es persona de un mérito...

DEBORA. ¡Yes!

QUINT. ...de un mérito excepcional.

DEBORA. ¡Yes!

QUINT. Yo afirmo; ella ratifica. Una mujer de genio...

DEBORA. (*Con fingida modestia.*) ¡Aoh! ¡Aoh!

QUINT. (*Con energía.*) Sí; digámoslo francamente: una mujer de genio.

DEBORA. Yes.

QUINT. Y que, sobre todo, se ha dedicado a la educación de las jóvenes. Conocidísima por su novela histórica "Cleopatra en el Nilo", destinada a la enseñanza de las mujeres. Debora es también popular por sus campañas feministas. Ha presidido tres meetings, ha luchado con los "policemen", ha hecho frente a los bomberos, sin temor a las mangas de agua y ha puesto de manifiesto la necesidad de los baños públicos, en una campaña de prensa. Gran oradora y admirable periodista, temida por su pluma y por su lengua, hace ya treinta años...

DEBORA. (*Protestando.*) ¡Aoh! ¡Aoh!

QUINT. (*Con energía.*) Treinta años que miss Debora sacrificó familia, afectos, bienestar, salud, juventud y belleza...

DEBORA. (*Protesta.*) ¡Aoh! ¡Aoh!

QUINT. (*Con énfasis.*) Juventud y belleza a la gran causa de la educación feminista. Y esta es la mujer que vuestro padre ha elegido para enseñaros deberes que ni siquiera sospecháis; derechos que, sin ella, jamás habríais imaginado, y virtudes que a nadie se le habría pasado por la imaginación... Perdonad si la emoción... la alegría... (*Se seca los ojos.*)

TIA J. (*A Pedro.*) ¿No te sientes conmovido?

PEDRO. Mucho.

DEBORA. Señoras..., caballeros... Para mí es un día grande

este día, es de... ¿cómo diré? ¡Aoh!... ¡yes!... satisfacción...

TIA J. La comprendemos, miss, la comprendemos con el corazón.

QUINT. Y ahora, hijas mías, la gran noticia. Mañana salimos para Laredo, a tomar posesión de la fábrica.

FLORA. ¡Qué alegría!

MATIL. Dejaremos esta horrible casucha.

QUINT. Y allí, escuchadme bien, y allí ¡libertad completa para todos!

TODOS. (*Con alegría.*) ¡Oh!

QUINT. Libertad de escribir, de leer, de salir, de andar, de ir, de venir; libertad absoluta, ilimitada...

FLORA. ¡Papá!...

TIA J. ¡Ahora rconozco mi sangre!

FLORA. }
MATIL. } (*Abrazándolo.*) ¡Qué papá más bueno!

QUINT. Vamos a ver los regalos...

(*Todos corren al foro.*)

QUINT. (*Que se ha quedado el último con Clara, dándola un golpecito en la mejilla.*) Y tú, buena Cenicienta, ¿qué me dices a todo esto?

CLARA. (*Cogiéndole de un brazo y yendo con él hacia el foro.*) Libertad ilimitada, ¿verdad, padrino? Se tiene libertad para salir, para protestar, para ir... ¿No es eso?

QUINT. ¡Seguramente!

CLARA. Bueno... Pues yo ¡me mercharé!

TELON RAPIDO

## ACTO II

*En Laredo.—Saloncito con puerta al foro. En lateral izquierda, armario, mesitas, mesa, escabeles, máquina de coser. En primer término una puerta. En lateral derecha, al fondo, un armario; más cerca del proscenio, chimenea y un diván. Tres puertas al foro que se abren sobre el jardín.*

### ESCENA I

*Quintín y Pepín.*

QUINT. (*Entra y mira el reloj.*) ¡Las seis y media!... Ya es hora de ponerse a la mesa. (*Llama.*) ¡Pepín! (*Entra Pepín.*) ¿Dónde están mis hijas?

PEPÍN. No lo sé... No dicen nunca adonde van...

QUINT. ¿Han salido?

PEPÍN. Sí, señor.

QUINT. ¿Las dos?

PEPÍN. Las dos. La señorita Flora salió a caballo.

QUINT. (*Murmurando.*) ¿Y miss Debora?

PEPÍN. Debe estar en su estudio. (*Sale.*)

QUINT. Y ha sonado la campana. Sí, ha sonado: la he oído yo... La he oído... Pero ellas parecen sordas. Es inaudito lo que sucede. En los seis meses que llevamos en Laredo apenas he visto una mujer... ¡con las que hay en casa! Ni siquiera se toman el trabajo de darme los buenos días. (*Entra Clara.*)

### ESCENA II

*Clara y Quintín.*

QUINT. ¡Gracias a Dios! Supongo que vendrás a decirme que la comida está dispuesta...

CLARA. No se trata de eso... (*Le enseña varias cartas.*) Se trata de esto... (*Le entrega varias cartas.*)

QUINT. ¿De eso?

CLARA. De esto... ¿Ha vuelto Flora?

QUINT. No. (*De un sobre saca una tarjeta de visita.*) Dime, ¿quién es un tal Oliveira?

CLARA. El portugués aquel de quien le hablé en Madrid.

QUINT. ¡Ah! sí... el desterrado político.

CLARA. ¿Político? Me parece que su destierro obedecía a otras causas. Pero afortunadamente nada tenemos que temer de él, porque han descubierto su pista y a estas horas ya estará en la cárcel.

QUINT. Te engañan tus informadores. El señor Oliveira está aquí. Esta es su tarjeta.

CLARA. (*Sorprendida.*) ¿Aquí? (*Aparte.*) Ahora me explico los paseos de Flora.

QUINT. Sí, señora, aquí... Ya ves como no se puede juzgar a la gente por referencias. Ni es tan mala como dicen ni tan buena como parece, mitad y mitad...

CLARA. Sin embargo, yo tengo miedo.

QUINT. No sé por qué.

CLARA. Ni yo...; pero tengo miedo, padrino. Cuando se trata de seres que amamos, ciertas cosas no se razonan, pero se sienten. (*Se va por el foro, viéndosela en el jardín, miranto a todas partes un momento, hasta que desaparece.*)

QUINT. Es simple, completamente simple. Buena, pero simple. Tiene miedo... ¡Bah! Nunca podrá acostumbrarse a la educación americana. Es una española chapada a la antigua. (*Entra tío Pedro.*)

## ESCENA III

*Quintín y tío Pedro.*

QUINT. (*Abre una carta y la recorre con la vista.*) ¿Vienes solo?

TÍO P. Sí.

QUINT. ¿Y Juana?

TÍO P. ¿Juana?

QUINT. Sí, Juana; tu mujer.

TÍO P. (*Resignado.*) Está estudiando el empréstito del gobierno turco.

QUINT. ¿El empréstito?

TÍO P. Otomano, sí... Le interesa; no sé para qué, pero le interesa.

QUINT. Bueno. ¿Y Matilde?

TÍO P. Ha ido de caza.

QUINT. ¿De caza?

TÍO P. Sí, con Felipe.

QUINT. ¿De caza? Estamos bien... muy bien.

TÍO P. (*Sentándose.*) ¡Uff! Estoy derrengado.

QUINT. ¿Qué? ¿Eres tú el que te quejas? Yo vigilo a los obreros de la mañana a la noche, atiendo a la fábrica, a mis hijas, no como... no como a las horas ¿y te quejas tú?

TÍO P. Si crees que no tengo motivos...

QUINT. Ninguno. ¿Qué haces tú, vamos a ver...; qué haces?

TÍO P. ¿Qué hago?... Me levanto a las cinco: riego el jardín; lustro la barandilla de la escalera; sacudo las sillas, barro, doy cuerda a los relojes...

QUINT. Y limpias las botas.

TÍO P. No; todavía no, pero las limpiaré. Todo llegará con el tiempo.

QUINT. (*Mirándole fijamente.*) ¡Con dos criadas! Eres un berzotas.

TÍO P. ¡Eso es precisamente mi desgracia!

QUINT. ¿El ser berzotas?

TÍO P. No: el tener dos criadas. Cuando no teníamos más que una, solamente atendía a sus quehaceres; pero ahora tengo que trabajar por las dos. Juana las necesita para su servicio particular. Tienen que traerla los libros y periódicos de Santander y Bilbao; franquear su correspondencia; oir sus escritos...

QUINT. ¿Pero y cuando no tienen que ir por libros ni oir literatura?

TÍO P. Entonces... entonces están a las órdenes de la señora Solsona.

QUINT. ¿Solsona? No conozco a esa señora.

TÍO P. Tienes suerte... Yo la conozco. Es una nueva amiga de Juana. Una mujer joven todavía, muy vivaracha, muy... Figúrate, ha dado dos o tres veces la vuelta

al mundo... Un verdadero muchacho travieso... Ya la verás...

QUINT. No. Yo no salgo... No visito a nadie.

TÍO P. Ni yo tampoco... Pero es igual. Hay que verla. Es preciso verla. Mi mujer no se separa de ella y la traerá aquí... Además, creo que se encarga de la educación física de tus hijas. Las va a enseñar natación, gimnasia, esgrima, boxeo...

QUINT. ¡Las siete menos cuarto! Y la una de paseo a caballo y la otra de caza. Estoy intranquilo.

TÍO P. Ya te acostumbrarás... El hombre se acostumbra a todo... ¿Sabes dónde tienen la caja de la costura?

QUINT. ¿La costura?... ¿Para qué?

TÍO P. (*Enseñando los puños.*) Para ésto... (*Mira los puños de la camisa de Quintín.*) ¡Ah!... Tú tienes gemelos... Eres afortunado. ¡Ya se ve que Clara no es una mujer superior! (*Mientras habla va al costurero, coge un botón, hilo, aguja y dedal y cose.*)

QUINT. (*Abre una carta y lanza una exclamación.*) ¡Ah!

TÍO P. (*Se acerca con el botón.*) ¿Qué es?

QUINT. Una noticia... Una noticia grande, inmensa, inconmensurable... Nuestro sobrino.

TÍO P. ¿Nuestro sobrino?

QUINT. ¡Sí!... (*Leyendo.*) "Jonatás Quintín, hijo de Augusto Quintín, hace saber a su tío que no ha muerto, pero que..."

TÍO P. (*Desesperado.*) ¡Vive aún!

QUINT. (*Leyendo.*) "En Stoktson, California, donde tiene una fábrica de madera que puede enorgullecerse de ser la más importante de los Estados Unidos..." (*Hablado.*) Verdadero americano... Hasta en las cartas familiares hace propaganda. Es estupendo...

TÍO P. (*Con desprecio.*) ¡Un carpintero!...

QUINT. Estupendo...

TÍO P. Pero carpintero.

QUINT. Carpintero de América. Uno de aquellos titanes que construyen torres fantásticas de madera... que se hacen y deshacen...

TÍO P. ¿No dice nada más?

QUINT. Dice... (*Pasando la vista por la carta.*) Que se pro-

pone estar en Laredo en los primeros días de Septiembre.

Tío P. ¿Septiembre?... ¡Pero si estamos a ocho!

Quint. Es verdad. ¡Estamos!... Llega a la par que su aviso... ¡Estupendo! No te digo que es estupendo...

Tío. P. (*En tono de conmiseración.*) Llega... Y viene a llevarse la tercera parte de nuestro dinero... A quitarnos un montón de miles de duros...

Quint. ¡Bah, bah!... No hay que ver las cosas por el lado negro.

Tío P. Verdad. ¡Aún nos queda la esperanza de que naufrague!

Quint. No querrás matar a ese muchacho.

Tío P. (*Como cediendo con trabajo.*) ¡Diablo!... Pero es que...

Quint. ¿Qué?... (*Mira fijamente a Pedro que baja la vista.*)

Tío P. Nada... Sólo que el reparto...

Quint. No te preocupes... Tengo mi proyecto... Clara ya lo conoce... (*Se aprieta el estómago, como el que tiene hambre.*) ¡Caramba!... (*Continúa en otro tono.*) Ese muchacho ha de admirarse al encontrar aquí las costumbres norteamericanas y dos jóvenes educadas a lo yanqui... Mis hijas... (*Se para.*) ¡Pero caramba!... ¡No puedo más!... ¡Me muero de hambre! ¿Dónde diablos se habrán metido esas chiquillas? (*Entra tía Juana.*)

## ESCENA IV

*Dichos y tía Juana.*

Tío P. Mira...

Quint. ¡Por fin!...

Tía J. (*Vestida con traje un tanto masculino. Trae en la mano un libro que hojea.*) ¡Patología de la mujer!

Quint. (*Tras ella.*) ¡Juana!

Tía J. (*Id.*) ¡Fisiología de la mujer!

Quint. Pero hermana.

Tía J. ¡Idiosincrasia de la mujer!

Quint. Juana... Oye...

Tía J. (*Leyendo el libro; sin mirarle.*) Habla, te oigo...

QUINT. Perdóname si te distraigo; pero... ¿no te parece que es... que es...?

TÍA J. (*Mostrando el folleto.*) ¿Este opúsculo?... Lo he recibido certificado... Es...

QUINT. Patología... sí... Pero no me refiero al folleto, sino a la comida... Me parece que la hora...

TÍA J. (*Arrojando el folleto sobre la mesa.*) ¿La hora?... (*Haciendo una mueca.*) ¿Qué quieres decir?

QUINT. Quiero decir que debemos comer.

TÍA J. ¿Comer?... ¿Quién piensa en eso?

QUINT. (*Enfadándose.*) ¿Cómo? Pienso yo... ¡Yo!... Que me duele el estómago... Y también vosotras debíais pensar, porque en fin de cuentas, la comida es cosa de vuestra incumbencia... ¡Qué diablo!... Una mujer...

TÍA J. ¡Una mujer!... Sabes muy bien que no estoy conforme con ese nombre y que desde que nací he protestado contra ese error de la naturaleza...

QUINT. Pero como la naturaleza se ha equivocado...

TÍO P. (*Melífluo.*) Hace cincuenta años...

TÍA J. (*Sin mirarle.*) ¡Sentirse con la energía, la voluntad, la fuerza de un hombre y languidecer bajo las faldas, y verse convertida en la esclava de un Pedro cualquiera.

TÍO P. (*Perplejo.*) ¿Mía?

TÍA J. ¡No! ¡Jamás podré hacerme a la idea de ser una mujer!

TÍO P. Te aseguro, Juana...

TÍA J. No me asegures nada...

TÍO P. Bueno, como quieras... (*Entra la señora Solsona. Pelo muy corto y ropa tirando a traje masculino.*)

## ESCENA V

*Dichos y señora Solsona.*

SRA. S. Buenas tardes a todos... (*A Juana.*) Hola, hijita... He corrido cuatro leguas en una carrera loca... ¡Brutal, chica, brutal!... (*Señalando a Quintín.*) Tu hermano, ¿no?... Lo deduzco del retrato que de él me

has hecho... Y de verlo con tu marido... (*A él.*) Tantísimo gusto...

QUINT. (*Serio.*) Señora...

SRA. S. ¿Le molesta mi franqueza? Lo siento por usted... Aborrezco las formas sociales... (*A Juana.*) No, querida; me presentaré yo... No soy ninguna señorita apocada... Soy la señora Solsona, viajera incansable, naturalista, botánica y miembro de los Institutos de Bolivia, Ecuador, Nicaragua y Paraguay.

QUINT. Me siento orgulloso...

SRA. S. Lo comprendo, sí, señor. He sido encargada de misiones científicas en el Brasil... y soy autora de una "Flora comparada de la cordillera de los Andes", de una carta rectificada del Sahara africano y de seis memorias sobre las montañas lunares. En todos mis viajes me he visto colmada de honores; admirada, adorada alguna vez y siempre... ¡respetada!...

QUINT. Yo no sé qué admirar más...

SRA. S. Todo. Soy admirable en todo. Prisionera de los piratas javaneses durante seis meses...

QUINT. ¡Diablo!...

SRA. S. Sí, señor; prisionera seis meses; fuí vendida en las orillas del Niger y encerrada en el harem del sultán...

QUINT. Caramba, caramba... Pero, entonces...

SRA. S. Entonces ¿qué? ¿Qué se ha figurado usted? Esa interrogación me ofende...

QUINT. Es que seis meses de prisión entre piratas...

SRA. S. Esto no es nada, nada absolutamente...

QUINT. Es posible...

SRA. S. Luego me incorporaron a las amazonas del rey de Dahomey, para enseñarlas el ejercicio a la europea y, como instructora, fuí honrada con el cariño del Príncipe.

QUINT. ¡Ah!... ¡Ah!...

SRA. S. (*Impaciente.*) ¿Qué es eso de ¡Ah! ¡Ah!? Sepa usted que soy una mujer honrada, viuda dos veces...

## ESCENA VI

*Dichos y Clara, seguida de Flora con traje de amazona.*

CLARA. (*Entrando.*) Ya está aquí, tío...
QUINT. ¿Quién?
FLORA. (*Entra.*) Soy yo... Buenas tardes. (*Alarga la mano para que la bese Quintín.*)
QUINT. ¿Sólo la mano? (*La besa en la frente. Entretanto Juana y la señora Solsona se van, hablando entre ellas, hacia el foro.*)
FLORA. ¡Huy!... Qué ordinario eres, papá...
CLARA. ¿De dónde vienes?
QUINT. Eso es. ¿De dónde vienes?
FLORA. ¡De la playa!... Me he quedado estática escuchando la admirable sinfonía del mar.
QUINT. La sinfonía... Muy bonito. Y mientras te quedas estática la comida se estropea y la carne se quema...
FLORA. ¡La comida!... ¿Quién piensa en eso?...
QUINT. Yo... Yo que estoy hambriento...
FLORA. Díselo a Clara.
QUINT. Se lo diré a Clara; pero tú me dirás por qué te ha dado la idea de incrustarte en una roca marina, como una planta parásita.
FLORA. (*Melancólica.*) Es que no estaba sola... Me acompañaba un muchacho. (*Movimiento de Clara.*) ¡Pero tú no lo conoces!
QUINT. No...
FLORA. Te lo presentaré. Creo que te ha enviado su tarjeta: le he invitado a que venga esta noche.
CLARA. ¿Aquí?
QUINT. Es Oliveira...
(*Gesto de repugnancia de Clara.*)
FLORA. El mismo. Un pobre desterrado que me confiaba sus penas, sus ensueños, sus esperanzas, y me decía que...
QUINT. (*Con ansia.*) ¿Qué te decía?
FLORA. ¡Ah! ¡Parece que trata usted de interrogarme!...
QUINT. ¡Corcho! ¡Claro que te interrogo!
FLORA. (*Haciendo un mohín.*) ¿Eh? ¿Acaso volvemos a las costumbres de antaño?
QUINT. No digo eso, pero...

FLORA. ¿Volvemos a las necias tonterías de la educación a la española?...

QUINT. Ahora no se trata...

FLORA. ¿No me has dejado en libertad para ver y hablar con quien quiera, donde quiera y cuando quiera?

QUINT. Sí, pero...

FLORA. Ahí va un beso y no hablemos más... (*Se dirige hacia el foro.*)

QUINT. (*A Clara.*) ¿Eh? ¿Y qué dices de esto?

CLARA. ¿Y usted qué dice?

QUINT. ¡Caramba!...

CLARA. ¿Nada más?

QUINT. No se me ocurre... Verdad es... (*Una detonación le corta la frase. Todos los personajes dan un grito y corren hacia la puerta. Entra Matilde. Viste ropa de casa, canana, etc., y trae escopeta. Detrás entra Felipe Lotala. Clara se marcha.*)

## ESCENA VII

*Dichos, Matilde y Felipe Lotala.*

MATIL. ¡Somos nosotros!...

QUINT. ¿Puedo saber...?

MATIL. (*Entregando a Lotala su escopeta.*) Tome, tome...

QUINT. ¿Quieres escucharme?

MATIL. (*Volviéndose.*) ¿Qué tono es ese, papá? Pida usted ahora mismo perdón a su hija.

QUINT. Antes quiero...

TODAS LAS MUJERES. (*Exclamación.*) ¡Oh!... "Quiero"... "Quiero..."

QUINT. ¡Pero, desgraciada!... ¿Y si te hubieses herido?

MATIL. (*Riéndose.*) No hay cuidado.

LOTALA. La veía yo.

QUINT. La veía usted..., pero eso no lo evitaba. Lean los periódicos... Todos los días hay escopetas que se disparan solas... Ya lo dice el refrán: "El diablo las carga"...

MATIL. Ese es un refrán español.

QUINT. Bien, sí; es español; pero yo os prohibo...
FLORA y MATIL. ¿Cómo? ¿Nos "prohibes"?
QUINT. Os prohibo.
(*Matilde y Flora sueltan la risa.*)
JUANA. Mira el efecto que causan tus palabras.
SRA. S. Muy bien...
QUINT. Muy mal. Eso es una impertinencia...
MATIL. No hables, papá, no hables. Si huieras visto cómo pronunciaste las palabras: "Os prohibo"... (*Se ríe.*) ¿Y nuestra libertad, de la que tanto blasonas?
QUINT. ¿Vuestra libertad?
MATIL. Sí.
QUINT. Es que os tomáis demasiadas libertades.
TODAS. (*Protestando.*) ¡Oh!
(*Entra miss Debora.*)

## ESCENA VIII

*Dichos y miss Debora.*

DEBORA. ¿Qué escándalo es esto? No puedo trabajar en mi estudio.
QUINT. A propósito, miss Debora. Haga usted el favor de enseñar a estas chiquillas que deben obediencia a su padre.
DEBORA. ¡Oh, no!...
QUINT. ¿Cómo?
DEBORA Mi enseñar "quimica", medicina, ciencias naturales y magnetismo, pero no enseñar servidumbre.
TODAS. ¡Bravo!
QUINT. La obediencia a los padres es una ciencia natural.
DEBORA. En "Amèrica", no...
TODAS. En América, no...
MATIL. (*A Quintín.*) ¿Lo ves?
QUINT. (*Resignándose.*) Bien; está bien. En América no será ciencia natural; pero aquí...
MATIL. Aquí, ahora, lo natural es ir a comer...
TODOS. A comer.
(*Las mujeres y Lotala entran al comedor. Quintín se dirige a la señora Solsona, que se queda la última.*)

QUINT. (*Ofreciéndola el brazo.*) ¡Señora!

SRA. S. (*Pasa ante él con gesto majestuoso.*) Muchas gracias. He dado la vuelta al mundo sola... Aun no estoy para apoyarme en un brazo.
(*Se va.*)

QUINT. (*Perplejo.*) ¡Ah!

PEDRO. Mira, dame el brazo a mí. En esta casa no hay más mujeres que nosotros.
(*Desaparecen los dos. Pepín entra, recoge los útiles y armas de caza y se dispone a salir, cuando entra Oliveira.*)

## ESCENA IX

*Pepín y Oliveira.*

OLIV. (*Aparece por el foro y avanza lentamente. Luego habla en voz baja.*) ¿Están comiendo todavía?

PEPÍN. Apenas si han empezado.

OLIV. ¡Silencio! Dí al oído a la señorita Flora que Oliveira quiere hablarla.

PEPÍN. (*Vacilando.*) Yo, señor...

OLIV. ¿Cómo?... ¿Vas a negarte? ¡Ah, sí, comprendo! (*Se registra los bolsillos.*) Es verdaderamente ruinoso ser deportado político... Sobre todo, portugués... La gente espera mucho de los portugueses... (*A él.*) Toma y corre...

PEPÍN. Voy, señor...

OLIV. (*Aparte.*) ¡Vaya un bribón!

PEPÍN. (*Deteniéndose en la puerta para ver la moneda que le acaba de entregar.*) Una peseta... Es un miserable...
(*Se va.*)

OLIV. (*Pasea un rato en silencio y pensativo. Luego, como si continuara una conversación interna, dice en voz alta.*) Necesariamente tengo que salir esta noche. El telegrama de Barcelona está más claro que el agua para mí... (*Saca un telegrama y lee.*) "Se sabe que está en Laredo y toda la compañía ha salido de viaje." Esta compañía son mis acreedores que han tomado el tren. Estos granujas van a hacer que

fracase este bonito negocio del matrimonio que estoy trabajando. ¡Con la falta que me está haciendo una buena dote!... Pero la tendré. Ya estoy cansado de tanto paseo a la playa, tanto rumor de olas, tanto cielo azul y tantos fados... en lengua catalana... Un buen escándalo y el dinero... Si mañana no está conmigo camino de París, puedo decir que soy un imbécil... (*Pasea en silencio un instante.*) Un imbécil...

(*Entra Flora.*)

## ESCENA X

*Dicho y Flora.*

FLORA. ¿Usted?

OLIV. (*Sin darse cuenta.*) Sí, señora... (*Rectificando.*) Yo, que vengo a comunicarle la noticia de mi viaje.

FLORA. ¿Se marcha?

OLIV. Esta misma noche, con dirección a París. Mis enemigos políticos han descubierto mi retiro y me persiguen con sus odios hasta aquí, donde yo vivía sin más pensamiento que uno... Pero es absolutamente preciso que hablemos antes de mi marcha.

FLORA. Aquí, imposible.

OLIV. Lo comprendo...; nos podrían sorprender... Haga usted por mí un sacrificio y salga esta noche un momento. La espero.

FLORA. ¡No!... De noche las puertas están cerradas.

OLIV. Puede usted asomarse a la puerta del jardín.

FLORA. También está cerrada... No tengo la llave.

OLIV. Si usted quisiera... ¿No soy digno de una insignificante prueba de afecto? ¿Va usted a permitir que el pobre desterrado se aleje sin su último adiós, que le sirva de consuelo?... Dígame que la veré, Flora; va en ello mi felicidad, mi vida... Usted lo sabe... ¿Saldrá?

FLORA. (*En voz baja.*) Sí...

OLIV. Gracias....

FLORA. Pero váyase ahora, váyase...

(*Entra Clara. La presencia de ésta les deja mudos.*)

## ESCENA XI

*Dichos y Clara.*

CLARA. ¿Cree usted, señor Oliveira, que su proceder es el de un hombre honrado?

OLIV. Señorita... Ignoro lo que quiere usted decir. Por mi parte sólo debo manifestarla que vengo a hacer una visita al señor Quintín, al que su hija...

CLARA. (*Interrumpiéndole.*) ¿Le parece a usted conveniente y digno?

OLIV. Basta que la señorita Flora lo crea así... Me parece que es dueña de sus acciones.

FLORA. Indudablemente.

CLARA. ¡Flora! (*Esta, intimidada, cierra los ojos ante la mirada de Clara y se aleja lentamente, hasta que desaparece entrando al comedor. A Oliveira.*) Y usted, caballero, si insiste en hacerse presentar a mi padrino seré yo la que tenga el honor de presentarlo.

OLIV. ¿Usted, señorita?

CLARA. Al momento. Pero antes ¿está usted seguro de ser portugués?

OLIV. ¿Cómo?

CLARA. ¿De ser deportado político?

OLIV. ¿Eh?

CLARA. ¿De llamarse... como se hace llamar?...

OLIV. Pero...; pero, señorita...

CLARA. Procure hacer memoria... Podría darse el caso de que en vez de Oliveira se llamase Durán... (*Sorpresa en él.*) y de que hubiese usted nacido en Barcelona, en vez de nacer en Lisboa...

OLIV. (*Aparte.*) ¡Atiza!! (*A ella.*) No comprendo, sinceramente...

CLARA. Retírese usted, señor Oliveira o señor Durán..., como guste... Se lo ruego. La partida que jugaba ha sido descubierta. Usted ha pensado: "Esta es una casa sin orden, sin autoridad, sin jefe... El padre, un tanto ligero; la muchacha ultraromántica y el botín magnífico"...

OLIV. Juro a usted...

CLARA. Sin juramentos... Y, además, no hay una madre que

vigile... ¿Verdad?... Pero se ha equivocado usted, porque hay una mujer que vela, que defiende y que ha adivinado desde el primer momento. *(Sin jactancia.)* Soy yo. Y puedo asegurarle que no es usted capaz de luchar conmigo.

OLIV. *(Galante.)* Cierto, señorita; no soy capaz, porque me siento desarmado ante el sólo hecho de que mi adversario sea una mujer. Pero quizás exista algún sitio donde no se encuentre usted y donde me sea permitido tomar la revancha. Entre tanto le advierto que haré cuanto pueda, como leal enemigo y, desde luego, como hombre galante... *(Saluda con una inclinación y se dirige hacia el foro murmurando en voz baja.)* "Aquesta noya me ha futut." *(Y hace mutis. Clara le ve marchar inquieta.)*

CLARA. *(Pensando.)* ¿Una amenaza? ¿Acaso un peligro?... *(Se dirige al foro, donde se detiene y luego vuelve, pensativa siempre. Después de un instante se oye a los personajes que se levantan de la mesa.)*

## ESCENA XII

*Clara, Debora, Matilde, Flora, tía Juana, señora Solsona, Quintín, Pedro y Lotala.*

QUINT. ¡Al fin he comido!... ¡He comido!...

TÍO P. Hemos comido...

LOTALA. Y muy bien, por cierto...

QUINT. Bien, simplemente bien.

FLORA. ¿Quién tiene la pitillera? *(La señora Solsona reparte egipcios y las mujeres se sientan en el foro, donde fuman. Flora entra la última y mira a su alrededor.)*

CLARA. *(Bajo a Flora.)* No le busques: se ha ido.

FLORA. *(Despechada.)* Bueno... Perfectamente... No lo veré hoy... eso es todo... *(Y se dirige al encuentro de su hermana. Clara, pensativa, la sigue con la vista. Entra Pepín con una bandeja con tazas de café y té.)*

QUINT. *(A los hombres.)* ¡Ah, los millones! Los millones no son la felicidad, pero no hay felicidad sin ellos...

PEDRO. *(Levantándose.)* El café...

VOCES. ¡Ah! Yo quiero café. Yo té...

QUINT. Yo prefiero el café, como buen madrileño; pero a veces tomo té, porque es más americano...

CLARA. (*Quitándole la bandeja a Pepín y dirigiéndose a mis Debora y tía Juana.*) ¿Tienen ustedes la bondad de servir?

DEBORA. ¡Ah!, perdón.... Soy muy torpe...

TÍA J. Los caballeros; que tengan la bondad de servir los caballeros. Tú, Pedro... haz el favor... (*Y le lanza una fulminante mirada.*)

TÍO P. Con mucho gusto...

CLARA. (*Entrega las cafeteras a Pedro; el azucarero a Lotala y otra jarrilla a Quintín.*) Sirvan ustedes... Usted el café y el té; usted el azúcar... Y usted, padrino, la leche...

QUINT. (*Se levanta murmurando.*) Es cosa de señoras... Yo no entiendo...

CLARA. Perdóneme; pero las señoras no me ayudan... (*Los tres hombres, llevando cada uno las cafeteras, el azucarero y la jarra de la leche, se miran con aire azorado.*)

QUINT. (*En voz baja.*) Parecemos tres tontos...

TÍO P. Todo es hasta acostumbrarse...

DEBORA. "Reca" té...

TÍA J. Con cuidado; ya conoces mi gusto: mitad y mitad...

LOTALA. (*A Debora.*) ¿Muy dulce?

DEBORA. Mucho...

LOTALA. ¿Tres?

DEBORA. Mejor cuatro.

LOTALA. Vaya por los cuatro.

FLORA. Yo dos nada más... (*Acercándose a Matilde y separándose con ella mientras toman el café.*) ¿Sabes dónde está la llave de la puerta del jardín?

MATIL. En el llavero que tiene Clara.

FLORA. ¿La conoces?

MATIL. Sí; es la más grande. La estoy viendo. ¿La quieres?

FLORA. Sí.

MATIL. Espera: voy a probar. (*Atraviesa pausadamente la escena, tomando su café.*)

TÍO. P. (*A Debora.*) ¿Quiere usted un poco de jerez dulce?

DEBORA. Prefiero el ron... Es más higiénico... Tónico y reconstituyente... Me lo recomiendan...

LOTALA. (*Acercándose a la señora Solsona.*) Observo que no hace usted uso del azúcar.

SRA. S. Sepa usted, joven, que no se emplea en las tiendas de bambú de las tribus feroces, donde yo estoy acostumbrada a tomar el café.

LOTALA. ¡Ah!...

MATIL. (*Acercándose a Clara.*) Oye, mamita, ahora me acuerdo que no te he besado hoy... (*Intenta quitarle las llaves.*)

CLARA. (*Con desconfianza.*) Verdad. Pero no me explico este arrechucho de ternura. ¿Vas a pedirme algo?...

MATIL. No, no... ¿Por qué? ¿Me crees tan interesada? (*Ha intentado quitarle la llave, sin conseguirlo. Hace señas a Flora que la ha seguido, diciéndola que es imposible.*)

QUINT. (*A Pedro.*) ¿Jugamos nuestra parida?

TÍO P. Creo que nos permitirán esta distracción. (*Se dirigen a una mesa donde Clara prepara el tablero del ajedrez.*)

TÍA J. Encantadas. Así podremos oir a miss Debora, que enseña a las niñas los derechos de la mujer. (*Se sienta cerca de miss Debora.*)

QUINT. No creo que eso sea muy divertido después de comer.

TÍA J. No divierte, pero instruye.

TÍO P. Instruye...

TÍA J. Y aprovecharemos la lección todas, hasta Clara... (*Mientras hablan, Quintín y Pedro, frente a frente, juegan al ajedrez, Clara se sienta cerca y, a su lado, en un escabel, Matilde, que procura por todos los medios quitarle la llave. En el diván están Flora y la señora Solsona y en el centro del escenario miss Debora y tía Juana. Lotala, de pie, ve jugar a los del ajedrez.*)

CLARA. Se lo agradezco mucho, tía Juana, pero me considero suficientemente instruída en lo que respecta a mis derechos. Si siento alguna curiosidad, es la de conocer mis **deberes.**

SRA. S. (*A Juana.*) La señorita no siente nuestros ideales; no aspira a ser una mujer fuerte.

CLARA. Perdón, señora. Si entiende por fuerza el valor que nos apoya en las pruebas que tenemos que sufrir y que nos permite triunfar de la maldad ajena y de nuestros defectos, la deseo con toda mi alma; pero si esa fuerza a que usted se refiere consiste en competir en vigor con los hombres, en rivalizar en audacia y desenvoltura con ellos, confieso que estoy decidida a ser débil.

SRA. S. ¿Usted no ve ninguna ventaja en que una mujer pueda guiarse y protegerse por sí misma?

CLARA. Me parece preferible la satisfacción que produce el apoyarse en el brazo del hombre que se ama... (*Mientras habla, Matilde le ha quitado la llave del llavero y, levantándose, se acerca a Flora.*)

TÍO P. ¡Muy bien!

TÍA J. ¿Quiéres callar tú?? (*La mirada de la mujer le impone silencio.*)

TÍO P. Me callo.

TÍA. J. (*A Clara.*) En una palabra: debemos embrutecernos. Limitar nuestra ambición a remendar calcetines y bordar pañuelos.

CLARA. (*Que nota la ausencia de Matilde, mira instintivamente al llavero, y observa la falta de la llave. Dirige una mirada elocuente hacia las jóvenes y sigue la conversación, sin perderlas de vista.*) No es necesario. Podemos aspirar a conocer cuanto nos sea posible...

TODAS. (*Vivamente.*) ¿Entonces? (*Matilde le da la llave a Flora y ésta se levanta. Matilde vuelve a su sitio y la otra espía el momento de escapar.*)

CLARA. (*Como si siguiera, sin hacer caso de la interrupción.*) Pero ésto, con el fin de ser más sensata... (*Mira a tía Juana*), más cariñosa (*mira a la señora Solsona*), más atractiva y seductora... (*mira a miss Debora*). En una palabra; más mujer. De lo contrario, todo lo que se gana no vale la pena de lo que se pierde. (*Flora se acerca a la puerta del foro.*) Que una mujer se intruya, cultive su inteligencia, luche por elevarse, está bien, si sabe cuidar de su reputación y buen nombre; pero que una joven, por el hecho de creerse libre, abandone de noche la casa de sus pa-

dres, detrás de una aventura romántica, está mal por muy fuerte que sea... (*Flora, que esta en la puerta, cierra los ojos y lentamente desciende hacia el proscenio.*)

SRA. S. En conclusión. El dominio del marido. Y la Sociedad privada de los servicios y obras maestras con que podrían enriquecerla, como artistas, como médicos, como jurisconsultos, como ingenieros y hasta como soldados, en caso preciso, las mujeres. Y todo para que el "señor" tenga la comida a la hora y los hijos bien cuidados.

DEBORA. (*Levantándose.*) ¡Yes! Los chiquitines... Y una protección como a seres débiles. Pero nosotras queremos dejar de ser muñecas para transformarnos en mujeres fuertes.

TODAS. Eso es.

CLARA. Ahí está el error, porque precisamente, cuanto menos mujeres sean, han de ser menos fuertes.

TODAS. ¿Menos? (*Se levantan.*)

CLARA. Sí, porque nuestra fuerza estriba en nuestra bondad, en nuestra gracia, en nuestra alegría; consiste en esos hilos aúreos con que solemos atar los corazones por medio de las más bellas de las violencias: por esa violencia que ni se percibe ni se siente. Nuestra fuerza consiste en los consejos dados al oido; en la dulce censura susurrada entre caricias; en el amor que inspiramos. Y cuando queramos tener a nuestros pies a esos hombres que son siempre niños para sus madres y muchachotes para sus mujeres, no lo conseguiremos arrugando el ceño, sino sonriendo; no gritando, "¡Lo quiero!", sino murmurando tenuamente "¡Si tú quisieras!"...

TÍO P. ¡Bien! ¡Bravo!... (*Tía Juana le lanza una mirada que lo deja mudo. Las mujeres murmuran entre sí.*)

QUINT. Conforme..., conforme... en parte; pero sin embargo, no puedo admitir que el educar a mis hijas a la americana...

CLARA. Deje usted a los americanos que hagan las cosas a su modo, padrino; ellos están en su país y nosotros en el nuestro. Que sus hijos corran solos por campos y caminos (*mira de reojo a Matilde y Flora*); que

sacrifiquen su infantilidad a una precoz sabiduría, allá para ellos; pero yo, queridas niñas (*se acerca a las dos*), he conocido a vuestra madre —que era un alma tímida y un corazón dulce y afectuoso— y sé que jamás hubiese permitido a su Matilde la caza, la esgrima, las carreras a caballo, y sé también, que viva ella, Flora no hubiese salido de noche al jardín. porque en el momento de hacerlo hubiese pensado: "¡Y si mi pobre madre se despierta y ve mi cama vacía!... Me buscará espantada; me llamará inquieta, sollozará en una desesperación... Y yo no debo hacerle este mal. ¿Verdad Flora que no hubieras salido?...

FLORA. (*Sorprendida exclama casi inconscientemente.*) ¡No, no! (*Y deja caer la llave. Clara mira de reojo a Matilde que se agacha despacito para recogerla.*)

CLARA. (*Acariciándola.*) Lo creo, lo creo...

MATIL. ¡Qué buena eres!...

QUINT. (*Al que Pepín ha entregado una tarjeta, se levanta de un salto.*) ¡Arriba! ¡Arriba todo el mundo!... Es él... Jonas.

TODOS. ¿Eh?

QUINT. Jonas Quintín... Jonas.

TODOS. ¿Jonas?...

TÍO P. ¡No ha naufragado!

QUINT. ¡El ciudadano de la joven Norteamérica! ¡El hombre nuevo! ¡El hombre serio!...

TÍA J. ¡Ah!

DEBORA. Un compatriota.

QUINT. (*En el foro.*) ¡Que entre el hijo de la moderna civilización!... (*Todos se separan para recibirle.*)

JONAS. (*Fuera.*) ¡By Got!... Ahora mismo...

PEPÍN. (*Introduciéndolo.*) Por aquí, señor; por aquí...

## ESCENA ULTIMA

*Dichos y Jonas.*

(*Entra con dos maletas, una en cada mano, un portamantas bajo el brazo, un bastón y un perro, sujeto a una cadena.*)

QUINT. ¡Sobrino!...

JONAS. (*Le mira, sin soltar las maletas.*) ¿Es usted mi tío? (*A Pepín.*) Oye, muchacho: encárgate de mi perro. (*Se lo entrega y deja caer las maletas.*)

QUINT. (*A sus hijas.*) Práctico... Piensa lo primero en su perro.

JONAS. (*Alegre.*) Buenas tardes a todos. ¡By God! (*Mirando.*) Aquí no hay más que mujeres. ¿Qué ocurre? ¿Por qué me miran todas así?

QUINT. Te admiramos, Jonas.

JONAS. (*Riendo.*) Sin cumplimientos; no se molesten. Yo soy un hombre corriente. ¿Quién me libra de mi sombrero? (*Se lo quita tirándolo al aire.*)

MATIL. (*A Quintín.*) ¡Qué tipo!

QUINT. (*A ella.*) Es un comerciante en madera. No perdamos de vista que es un leñador.

JONAS. (*Mirándolas otra vez.*) ¡Good!... ¿Aquí no hay más que mujeres?

QUINT. (*Presentando a Juana.*) Jonas: tu tía; la hermana de tu padre...

JONAS. Yo la creía muerta...

TÍA J. ¿Eh?

QUINT. ¿No la abrazas?

JONAS. ¡Si quiere!... ¿Me permite usted? Ahí va un beso.

FLORA. (*A Quintín.*) No está muy civilizado, papá.

QUINT. (*A ella.*) ¿Civilizado? No tiene tiempo. Una naturaleza activa, llena de vida. (*A Jonas.*) Estas son mis hijas.

JONAS. (*Indiferente.*) Bueno..., bien... Muy bonitas, sí...

QUINT. La señora Solsona: una viajera...

JONAS. (*Estrecha su mano.*) ¡Ah!

QUINT. Y esta es una compatriota tuya, miss Debora...

JONAS. (*Seco.*) Tanto gusto... (*Aparte.*) Estoy cansado de compatriotas (*Alto.*) ¿Y aquel viejo que está allí arrinconado?

TÍO P. ¿Yo?

QUINT. Es tu tío Pedro.

JONAS. El marido de... (*Mira a tía Juana.*) Bien, bien. Tiene una cabeza extraña.

TÍO P. (*Molesto.*) ¿Cómo?

JONAS. Extraña, rara...

SRA. S. (*Mirándole con los impertinentes.*) Es un salvaje... Pero bien plantado.

JONAS. ¿Se acabaron las presentaciones? Me alegro. (*Bostcza.*) ¡Ah! De buena gana comería...

QUINT. ¿Pero no has comido?

JONAS. A las cinco, en Santander... Pero puedo repetir...

CLARA. En seguida se le servirá, señor. (*Se va.*)

JONAS. (*Mirándola.*) ¡Ta..., ta!... ¿Es acaso otra prima?

QUINT. No. Es mi ahijada.

JONAS. ¡Ah! (*Mira alrededor.*) Ha sido usted muy amable, tío, al tomarse el cuidado de avisarme para que entrase en posesión de la herencia.

QUINT. Yo para los negocios, soy un verdadero americano.

JONAS. ¿Es esta mi casa? (*Extrañeza general.*)

TÍO P. (*Rectificando.*) Eso es... mía, suya..., de todos.

JONAS. ¿Qué grazna ese viejo?

QUINT. No te alteres. Dice que la casa es nuestra... De los tres, como toda la herencia.

JONAS. ¿Eh? ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿De los tres?

QUINT. Claro... Lo sabes perfectamente. Plenos herederos los tres. Tú, ese, yo...

JONAS. (*Riéndose.*) ¡Ja, ja! ¡Tiene gracia!

TÍO P. ¿Cómo que tiene gracia?

JONAS. Mucha gracia.

QUINT. ¿Qué quieres decir?

JONAS. Que aquí, el único que ha heredado, soy yo.

QUINT. ¿Tú?

JONAS. Yo... Yo solo...

TODOS. ¿Solo?

TÍO P. (*Aparte.*) ¡Cuando yo pedía que naufragara!...

QUINT. Creo, querido sobrino, que estás equivocado. Se trata de la herencia de nuestro tío Quintín.

JONAS. Lo sé.

QUINT. Muerto sin testar.

JONAS. Sí.

TÍO P. (*Acalorándose.*) De modo que los tres somos los herederos legítimos.

JONAS. Despacio, despacio, despacito... No hay heredero legítimo ninguno desde el momento en que se hizo donación anterior de todos los bienes del difunto.

TODOS. ¡Donación!...

JONAS. Auténtica. (*Saca una carta.*) A mi padre, por el contrato de matrimonio suscrito por el difunto. Creo que ésto vale por todos los testamentos del mundo.

QUINT. (*Mirando la carta.*) ¡Se acabó!... (*Y cae sobre una silla. La escena muy animada. Los gritos de las mujeres se mezclan y confunden.*)

TÍA J. ¡Estamos arruinados!

TODOS. ¡Arruinados! ¡No! ¡Sí! ¡La ruina! ¡Ay! ¡Oy! ¡Ah!... (*Y entre exclamaciones y gestos, van desmayándose las mujeres sobre las sillas y el diván. Lotala se ve y se desea para acudir en su auxilio. Pedro no se mueve, mirando a Jonas, el cual, tranquilamente, ha doblado la carta y la guarda.*)

JONAS. Esto es hecho... (*Sigue con la vista a Clara que ha entrado y serenamente asiste a las mujeres.*) ¡Vaya, vaya! Usted es la única que no dice una palabra...

QUINT. (*Con desaliento.*) ¡Nos ha perdido!

TÍO P. (*Mirando a Jonas.*) ¡Si hubiera naufragado!... (*Cuadro y*

TELÓN RÁPIDO

## ACTO TERCERO

*La misma decoración del acto segundo. Una mesa a la derecha, cerca de la chimenea, donde estaba el diván.*

### ESCENA I

*Matilde y Lotala.*

LOTALA. (*Entra por el foro, mirando hacia atrás, como si buscara a alguien.*) ¡Qué canalla!... Si no huye...

MATIL. ¿Qué sucede?

LOTALA. Perdone usted, Matilde... Nada. Hablo de Oliveira, al que he encontrado en la puerta del jardín.

MATIL. ¿El deportado político?

LOTALA. Es un granuja... Seguramente me esperaba, porque al verme me gritó de lejos: "¿Va usted a ver a los pobres diablos?" "¿Qué les sucede?" Enrojecí de rabia al observar que se reía: "Un sobrino de América... ¡Ja, ja...! Tiene gracia..." Le aseguro a usted que no le hubiera hecho ninguna el palo que le doy si no huye.

MATIL. (*En voz baja.*) ¡Miserable! Ahora que mi hermana no tiene dote...

LOTALA. Ese era su romanticismo.

MATIL. ¡Qué hombres!

LOTALA. Perdón... Es necesario distinguir. No todos los hombres... (*Con resolución.*) Eso es...; se acabaron las perplejidades. Ya no vacilo.

MATIL. ¿Ocurre alguna otra cosa?

LOTALA. Sí: ocurre... ocurre que hace seis meses consulto a mi corazón, por consejo de la señorita Clara, preguntándole si amo o no amo a usted.

MATIL. Me gusta la duda.

LOTALA. Ya no hay duda, Matilde. Cuando el otro día la vi desmayarse, comprendí, por primera vez, que la amo... Este es un hecho real, positivo, indiscutible.

MATIL. Espere... espere... ¿Y si estuviera usted equivocado? ¿Si fuese a mi hermana? Se ha indignado usted por el proceder de Oliveira...

LOTALA. (*Cortado y perplejo.*) ¿Su hermana?... (*Resuelto.*) ¡No!

MATIL. ¿De modo que es a mi?

LOTALA. A usted.

MATIL. (*A medio tono.*) ¡Qué le vamos a hacer!

LOTALA. Si usted me permite pediré su mano.

MATIL. ¿Sin dote?

LOTALA. Sin dote. Yo no quiero dote. Es mi modo de ser. Cuando una señorita se queda sin dote, me presento yo.

MATIL. Es un rasgo bello.

LOTALA. (*Modesto.*) ¿Es bello?

MATIL. Casi heroico.

LOTALA. No lo sabía.

MATIL. Es usted un verdadero gran hombre.

LOTALA. No tanto...

MATIL. Y puedo asegurarle que es usted digno de todo mi aprecio.

LOTALA. Entonces, ¿consiente?

MATIL. ¿En qué?

LOTALA. En eso...; en casarse conmigo.

MATIL. ¡Ah, no, no!

LOTALA. ¿Cómo?

MATIL. Le autorizo para que me haga el amor, eso sí, por algún tiempo: unos años, los que usted quiera; pero casarme, no.

LOTALA. No comprendo...

MATIL. Encadenarme, jurar obediencia a un hombre; convertirme en su esclava. ¡No, no!... ¡Nunca!

LOTALA. Usted no se encadena a mí; soy yo, el que se encadenará, el que cifrará todo su felicidad en obedecerla.

MATIL. Sí, sí: palabras. Pero después... Lea usted la obra de miss Debora sobre el matrimonio... ¡Hace poner los pelos de punta!

LOTALA. Miss Debora no se ha casado... ; no es autoridad...

MATIL. Conoce a los hombres. Maridos que no quieren que su mujer salga sola; que abren las cartas dirigidas a ella; que se niegan a llevarla al teatro; que la arrebatan de las diversiones a media noche; que se niegan a comprarla joyas y ropa y que para disminuir su importancia, la llaman insolentemente: mi gatita, mi tortolita, mi pajarillo..., como si fuese un animal...

LOTALA. Yo le aseguro...

MATIL. No me asegure nada, nada, porque sería igual. Sé el valor de las palabras... y le prohibo que pida mi mano.

LOTALA. Pero...

MATIL. Vamos a ver a Flora... Acompáñeme... (*Vase izquierda.*)

LOTALA. (*Siguiéndola.*) Escuche, Matilde... Esta no será su última palabra y con el tiempo... (*Al ir a salir por izquierda, se detiene un momento, como si hubiese oído hablar en el foro, y mirando hacia el jardín, murmura:*) ¡Qué caras! (*Y hace mutis. Por el foro entran Quintín y Pedro, serios, graves, con la cabeza baja. Al llegar a escena se miran consternados.*)

## ESCENA II

*Quintín y Pedro.*

QUINT. (*Tras breve pausa.*) ¿Y si consultásemos a otro abogado?

TÍO P. (*Suspira.*) Bueno.

QUINT. ¡Cuando pienso que estaba en California y que he sido yo quien le ha hecho venir!...

TÍO P. Tú, tú..., sí...

QUINT. (*Interrumpiéndole colérico.*) Yo, ya lo sé. ¿También me vas a reconvenir? Además, lo hecho ya no tiene remedio.

TIO P. (*Cortado.*) Lo que quiero decir...

QUINT. Tus recriminaciones no mejoran nuestra situación.

TIO P. Es que yo...

QUINT. Sólo falta que aumentemos nuestro disgusto indisponiéndonos.

TIO P. Pero si yo...
QUINT. ¿Reconoces tu error? Bien. No hablemos más. Choca esa mano y continuemos unidos. Así seremos fuertes.
TIO P. No deseo otra cosa.
QUINT. (*Bajando la voz.*) El no lo es.
TIO P. No lo es.
QUINT. Figúrate: un carpintero.
TIO P. Sin instrucción, sin cultura, sin modales.
QUINT. Sin nociones de educación. Seguramente a estas horas todavía estará durmiendo.
TIO P. Trabajo le mando si ha de luchar con viejos astutos como nosotros. Porque yo soy madrileño.
QUINT. Y yo.
TÍO P. Con un poco de buena voluntad podemos engañarle.
QUINT. ¡Chitón!...
(*Se ve a Jonas en el jardín. Viene muy entretenido, cortando con un cortaplumas una madera.*)
TIO P. (*En voz baja.*) Un carpintero; no hay más que mirarle. Cortando madera.
QUINT. Estos americanos siempre cortan algo. Es una manía como la de poner los pies encima de la mesa. ¡Buena educación la de ese país!... Hagamos como que no le vemos.
TÍO P. Y como que estamos muy alegres. No sospeche que hemos ido a consultar con un abogado.
(*Entra Jonas a escena.*)

## ESCENA III

*Dichos y Jonas*

JONAS. (*Después de una pausa, durante la cual canturrean Quintín y Pedro.*) ¿Qué hay? ¿Qué dicen los picapleitos?
QUINT. (*Estupefacto.*) ¡Caramba!... ¿Sabes?...
TIO P. (*Idem.*) ¡Lo sabe!
JONAS. No, nada... Sólo que les he visto levantarse a las cuatro de la mañana y he supuesto que iban a Santander, a consultar con algún abogado...
QUINT. (*Sin salir de su asombro.*) Ha supuesto...

TIO P. (*Idem.*) Ha supuesto...

JONAS. Les ha dicho que su asunto no es de los más recomendables...

QUINT. y TIO P. ¡No!

JONAS. ¡Sí!... Que mi donación es inatacable.

QUINT. y TIO P. ¡No!

JONÁS. ¡Sí!... Y que no cabe la nulidad.

QUINT. y TIO P. ¡No!

JONAS. ¡Sí!...

QUINT. (*Violento.*) ¡Bien! ¡Sí!

JONAS. ¡Ah!

QUINT. Pero en España no hay sólo un abogado y todos no han de opinar lo mismo. Nos darán la razón e iremos al pleito. (*A Pedro.*) Hay que meterle miedo

TIO P. Muy bien. (*Alto.*) Pleitearemos.

JONÁS. Y perderán ustedes

QUINT. Lo veremos. (*A Pedro.*) Este no conoce las leyes españolas. Voy a marearle un poco. (*Alto.*) Mi buen sobrino, ¿crees que se puede despojar a los legítimos herederos?

JONAS. (*Se pone a caballo sobre una silla y empieza a cortar el respaldo de ésta con su cortaplumas.*) "La donación es un acto de liberalidad por el cual una persona dispone gratuitamente de una cosa en favor de otra... Código civil, artículo 618."

TIO P. (*Transtornado, a Quintín.*) ¡Se sabe el Código!...

QUINT. (*A Jonás.*) Sí, pero entre tanto me estropeas la silla.

JONAS. Es mía.

QUINT. ¿Tuya? Eso hay que probarlo.

TIO P. (*Sacando un Código del bolsillo.*) Evidente: hay que probarlo. Porque "la donación podrá ser revocada (*Recalcando.*) ¡revocada! por causa de ingratitud." Artículo 648.

QUINT. ¿Y no has sido ingrato con el pobre Quintín? ¿No lo dejaste abandonado en sus últimos días?

TIO P. Y en su última hora.

QUINT. Ingratitud monstruosa.

TIO P. Horripilante.

JONAS. (*Tranquilo.*) "1.° Si el donatario cometiese algún delito contra la persona, la honra o los bienes del donante..."

TIO P. (*Que ha seguido las palabras de Jonás con los ojos en el libro.*) Textual... ¡Es el colmo!

QUINT. ¡Pero hombre, por el diablo, no me cortes la silla!

JONÁS. Es de mi propiedad.

QUINT. Aun no.

TIO P. (*A Quintín.*) Ya lo hemos agarrado. (*Leyendo.*) "Para hacer una donación se ha de estar sano de espíritu..."

QUINT. (*Saca otro Código.*) Y el difunto no podía tener la cabeza sana para escogerte a ti por heredero.

JONÁS. Pruébelo usted.

TIO P. Lo probaremos.

QUINT. (*Con el libro.*) Y probaremos también que se encontraba "en estado habitual de imbecilidad, de demencia y de furor."

JONÁS. (*Idem.*) "Los hechos se demostrarán por escrito." "¡Demostrarán!"

TIO P. Demostraremos.

JONÁS. Con testimonios y documentos.

QUINT. Presentaremos testimonios y documentos.

TIO P. (*Hojeando con rabia.*) Porque hubo captación.

QUINT. (*Idem.*) Lo encontraré...

JONÁS. No lo encontrará porque no está ahí.

QUINT. y TIO P. (*Mirándole, atontados.*) ¿Cómo?

JONÁS. (*Cortando siempre.*) Vea usted el Alcubilla. Repertorio General. Disposiciones entre vivos y testamentarías. Tomo...

TIO P. (*Guardándose el libro.*) ¡Si se sabe de memoria el Alcubilla!

QUINT. (*Rabioso.*) Te he dicho que no me rompas los muebles.

JONÁS. Le repito que son míos...

QUINT. Vaya una manera de cortar. (*Después de una pausa, en tono amable.*) Supongo que no habrás pensado vender la fábrica.

JONÁS. No, señor.

QUINT. Entonces, si tú quieres, la cosa tiene fácil solución... Nosotros te queríamos proponer la constitución de una Sociedad. Propónnosla tú y aceptamos...

JONÁS. (*Con calma, cortando siempre.*) No necesito socios.

QUINT. No conoces el negocio.

JONAS. Conozco la fábrica y me basta. Está mal instalada y peor dirigida. Verán ustedes cómo la transformo y produce más y mejor. Me propongo hacer grandes obras, aprovechando parte de este edificio para talleres...

TIO P. ¿Y tu familia? ¿Dónde vas a meter a tus parientes?

JONAS. ¿Ustedes?

QUINT. Claro, nosotros. Si empleas el edificio para talleres dime dónde nos metemos nosotros.

JONAS. Si sirven para algo, los colocaré en cualquier parte.

TIO P. ¿Colocarnos?

QUINT. ¿Colocar a tu tío? ¿Al hermano de...?

JONAS. Aunque fueran ustedes mis hermanos. Si sirven, los coloco, y si no...

QUINT. Sin embargo...

JONAS. Se acabó... Ahora voy a echar un vistazo a los libros... Y usted me traerá sus cuentas de tutela.

TIO P. ¡Las cuentas!... ¡Nos pide cuentas!

JONAS. (*Arrepintiéndose.*) Bueno; si quieren quedarse a almorzar, con mucho gusto; pero las mujeres, no..., ¿han oído? ¡No!... No quiero a mi lado mujeres. (*Se marcha.*)

## ESCENA IV

*Quintín y Pedro, y en seguida Clara, Matilde, Flora, tía Juana, miss Debora y señora Solsona, que entran por lateral.*

TÍO P. (*Viéndole marchar.*) Será un hombre moderno, pero es un animal.

QUINT. ¡Cuando pienso que yo le he hecho venir de California!...

TIA J. (*Entrando.*) ¿Qué hay?

DEBORA. ¿Algo nuevo?

SRA. S. ¿Qué dice el salvaje?

QUINT. Pasen, pasen ustedes... El salvaje es... (*Irónico.*) es pintoresco...

TIA J. ¿Consiente en un arreglo?

QUINT. Sí... Se digna colocarnos a nosotros, siempre que os vayáis vosotras.

TIO P. Eso es cuanto hemos conseguido.

TIA J. Os felicito...

QUINT. Hemos hecho cuanto nos ha sido posible.

TÍA J. Estos son los hombres que se creen capaces de domesticar a un imbécil.

DEBORA. Es hora de que actuemos nosotras.

TIO P. ¿Ustedes?

SRA. S. Nosotras. Pueden ustedes marcharse.

QUINT. Pero...

TIA J. Fuera hombres...

TIO P. Atiende.

TIA J. Fuera he dicho...

TODAS. ¡Fuera!...

*(Los empujan hasta la puerta, por donde desaparecen. Les sigue Clara.)*

DEBORA. ¿Nos abandona usted, señorita?

CLARA. ¿Qué quiere usted que haga? Yo no tengo la capacidad de ustedes para convencerle. *(Hace mutis.)*

## ESCENA V

*Matilde, Flora, tío Juana, miss Debora y señora Solsona.*

SRA. S. ¿Será una ironía?

TIA J. Es posible, pero no tenemos tiempo que perder en esas bagatelas. Ahora se trata de domar a ese individuo feroz. Expongamos nuestras opiniones. Yo recogeré los votos por orden de edad. Que hable la más vieja. *(Un silencio.)* ¿Qué ocurre?

SRA. S. Espero que empiece miss Debora.

DEBORA. No... Usted debe ser de más edad.

SRA. S. Perdón... ¿Cree usted que tengo más años que usted?

DEBORA. Yes.

SRA. S. No nos venga con cuentos. Sabemos perfectamente que ha pasado usted de los cuarenta y cinco.

DEBORA. Tengo veintidós .. ¡Veintidós!...

TIA. J. *(Interponiéndose.)* Señoras... Estamos tonteando frente al peligro.

SRA. S. Ciertamente. Por eso no discutiré más. Hablo yo. Estoy por los medios violentos.

FLORA. Y yo también.

MATIL. Opino al contrario. ¿Cómo vamos a amenazar a una fiera feroz? Con dulzura. Hagámosle cambiar de ideas y dictaremos nuestras condiciones.

TIA J. ¿Por qué medio?

MATIL. Por la seducción, por la coquetería. Mirarle, suspirar, sonreir... Creo que miss Debora me entiende.

DEBORA. Yes.

TIA J. Bien. Las que estén conformes que levanten la mano *(Lo hacen todas.)*

MATIL. Por unanimidad.

TIA J. Perfectamente. Podéis empezar a actuar. *(Van saliendo todas, hablando animadamente, excepto tía Juana.)*

## ESCENA VI

*Tía Juana y en seguida Jonas.*

TIA J. Las conveniencias me vedan servirme de mis gracias personales pero no de la razón. Le hablaré... *(Va a salir cuando entra Jonas. Trae en las manos un cuaderno y un lapicero.)*

JONÁS. *(Absorto.)* Diez y quince, veinticinco, y ocho, treinta y tres, y siete, cuarenta...

TIA J. Sobrino... Dejo para otros el cuidado de apelar a tu generosidad; la difícil obra de atemorizarte. Yo voy a plantear la cuestión en un terreno más elevado. Sólo te diré...

JONÁS. Veo que es usted una mujer razonable, tía. *(Y sigue contando.)* Y ocho treinta y tres, y siete...

TÍA J. Sólo te diré aquello que puede combatir tu razozonamiento. En primer término examinemos la tesis desde el punto de vista filosófico y social, y veamos, en cuanto a la herencia, si la legislación garantiza los derechos de la mujer... Pues bien, no. Pregunta a la historia. Esclava la mujer entre los griegos...

JONAS. *(Interrumpiéndola.)* Pero, tía...

TIA J. No me interrumpas... Estudia primero la mujer antigua...

JONÁS. La estoy estudiando...

TIA J. *(Indignada.)* ¿Qué quieres decir?

JONAS. Que me deje usted acabar mis cuentas... "Y siete, cuarenta, y diez...

TIA J. (*Que le ha mirado un instante con gesto de olímpico desprecio.*) Eres, verdaderamente, un hombre...

JONAS. Creo que sí.

TIA J. Un villano... Villano.

JONAS. (*Riendo.*) Lo he oído la primera vez.

TIA J. Un descastado...

(*Y se va.*)

JONAS. (*La mira y vuelve a sus cuentas.*) Y diez, cincuenta, y cinco, cincuenta y cinco, y ocho, sesenta y tres... (*Se dispone a salir por lateral derecha, rumoreando sus cuentas, cuando tropieza con Matilde y Flora, que entran.*)

## ESCENA VII

*Jonas, Matilde y al momento Flora.*

MATIL. ¡Ah! ¿Eres tú?

JONAS. Perdona... (*Se va a marchar por la otra puerta y tropieza con Flora.*)

FLORA. Buenos días, Jonas.

JONAS. Buenos días.

(*Se dispone a salir.*)

MATIL. ¿Nos abandonas?

JONAS. He de ver a la tía Juana.

FLORA. No tendrás tanta prisa.

MATIL. Debieras acompañarnos, hablar con nosotras para conocernos y poder estrechar nuestros lazos de amistad.

JONAS. Luego... Ahora...

FLORA. (*Dejando caer su pañuelo.*) ¡Ah!... Se me ha caído...

JONAS. Cógelo...

FLORA. Querido Jonas... Sé un poco galante... Es lo menos que se puede ser con una señorita... (*Mientras Jonas recoge el pañuelo Matilde murmura mirando a su hermana.*)

MATIL. ¡Qué desahogada!

JONAS. (*Tirándole el pañuelo.*) Toma. (*Y se dispone a marcharse.*)

FLORA. Vaya unos modales.

MATIL. (*Se suelta una peina que lleva en el pelo y que se cae y da un grito.*) ¡Ay!...

JONAS. (*Volviéndose.*) ¿Qué?

MATIL. Mi peineta... Se ha caído...

FLORA. (*Aparte, mirando a su hermana.*) ¡Qué atrevida!

MATIL. ¿Quieres recogerla?

JONAS. ¿Me habéis tomado por vuestra criada?

MATIL. ¿Eh?

FLORA. Qué modales.

JONAS. Me molestan vuestros melindres.

MATIL. ¿No te gustan los halagos?

JONAS. ¿Halagos? (*Mirándolas. En transición, resuelto.*) Sí... Y os lo voy a demostrar... Deja que te ponga la peineta. (*Al ir a hacerlo, la abraza y la besa.*)

MATIL. (*Sorprendida, da un grito.*) ¿Eh? ¡Jonas!...

FLORA. (*Alejándose despechada.*) ¡Está muy bien!

JONAS. (*Yendo hacia ella.*) ¿Dónde vas tú, sin abrazarme?

FLORA. (*Despavorida, huye, defendiéndose.*) ¡Caballero!

JONAS. ¿No os gustan las bromas?... Pues bromeemos... (*Se dirige a Matilde.*)

MATIL. ¡Estate quieto, que te araño!...

FLORA. ¡Esto es una indignidad!

JONAS. ¿Porque te he abandonado? En seguida voy... (*Agarra a las dos, que se defienden y gritan.*)

FLORA. / MATIL. ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Socorro!

JONAS. (*Abrazándolas.*) Esto os demostrará que es peligroso provocar a los hombres con seducciones y halagos que no son convenientes ni decentes...

LAS DOS. Perdónanos, perdónanos...

JONAS. ¿No volveréis a hecerlo?

LAS DOS. No...

JONAS. ¿Nunca?

LAS DOS. Nunca...

JONAS. Está bien. Podéis marchar... Y cuidadito con reincidir... (*Las suelta y vuelve a su suma, mientras ellas huyen aterradas.*) Sesenta y tres y ocho, setenta y una. (*Entra la señora Solsona, que ve huir a Matilde y Flora.*)

## ESCENA VIII

*Jonas y la señora Solsona.*

SRA. S. Dos locuelas, Jonás, dos verdaderas locuelas.
JONAS (*Volviéndose.*) ¿Otra vez?
SRA. S. Lo que usted necesita es una mujer hecha y derecha.
JONAS. Lo que yo necesito es que me dejen en paz.
SRA. S. ¿Cómo?
JONAS. Que me dejen en paz, tranquilo, solo de una vez...
SRA S. ¿Me echa usted, a mí, a mí? ¿Pero cree usted que soy una mujer débil y apocada? No señor: soy una mujer fuerte, acostumbrada a la esgrima, a la gimnasia y boxeo. Y puedo destrozar a un hombre de un trompazo... ¿Oye usted? ¡De un trompazo!...
JONAS. ¿Pero qué casa es esta?... (*Entra Miss Debora.*)

## ESCENA IX

*Dichos y miss Debora.*

DEBORA. ¿Qué ocurre aquí?
JONAS. ¡Otra más!... ¿Pero quieren ustedes dejarme solo, solo!... (*Las coge violentamente por los brazos y de un empellón las aleja, disponiéndose a salir.*)
SRA. S. ¿Se atreve a tocarme a mí?... ¿A maltratarme? Le destrozo... Lo hago papilla.
DEBORA. Yes, yes... Hágale la papilla... Yes, hágasela...

## ESCENA X

*Dichos, Matilde, Flora, tía Juana, Quintín y Pedro, que entran a las voces.*

QUINT. (*Corre a interponerse entre Jonas y la señora Sonsona.*) ¿Pero qué pasa aquí, qué pasa?
SRA. S. Lo deshago...
DEBORA. Yes...
QUINT. ¿Queréis explicarme?...
JONAS. ¡No hay explicaciones! ¡Fuera de aquí todos!... ¡Salgan de mi casa!...

Tío. P. ¡Sobrino!

Jonas. No hay sobrino que valga. Les doy una hora para que me libren de sus equipajes, de sus faldas, de su presencia... Una hora para que se vayan al diablo, o mando a los obreros que desalojen. (*Se dirige al foro.*)

Quint. ¿Sois vosotras las que íbais a convencerlo?

Debora. Es que este salvaje...

Quint. Usted, señora, váyase a las cataratas del Niágara a pescar otro primo... (*A las otras.*) Y vosotras, haced los equipajes...

Jonas. (*Acercándose a Quintín al ver que las mujeres salen.*) ¡Sí, que vayan en buena hora!... (*Quintín y Pedro siguen a las mujeres, sin contestar a Jonas.*)

Quint. (*Mirándole desde la puerta.*) ¡Y pensar que he sido yo quien le ha hecho venir de California!... (*Y hace mutis.*)

Tío P. ¡Si hubiese naufragado!... (*Y al ver que Jonas se adelanta, hace mutis. El otro mira la puerta y se sienta satisfecho.*)

## ESCENA XI

*Jonas.*

Jonas. ¡Uf, ya estoy solo!... Ahora parece que me encuentro en mi casa. (*Como recordando.*) ¡Qué diablos desatados!... (*Se oye el silbar de una sirena.*) Las doce. Hora de almorzar. ¿Y qué almuerzo yo? (*Queda pensativo y murmura.*) Este và a ser un problema... (*Se pasea y al fin se acerca inconscientemente a su saco de viaje que está en un rincón.*) Aquí quizá encuentre algo. (*Va sacando lo que dice.*) Té, infiernillo... y merienda... Me prepararé el almuerzo... No será muy delicioso, pero peor sería dejar al estómago vacío... (*Cuando va a preparar el infiernillo, entra Clara.*)

## ESCENA XII

*Dicho y Clara.*

Jonas. (*Al oir pasos.*) ¿Pero otra vez?

Clara. Con permiso. Soy yo.

JONAS. (*Sin mirarla.*) ¿Es que no vamos a acabar nunca?

CLARA. Perdone usted... Venía a buscar...

JONAS. (*Brusco, pero sin mirarla siempre.*) Váyase...

CLARA. En esa habitación... (*Señala la lateral.*)

JONAS. Le digo que se vaya.

CLARA. Perdón. Vengo a recoger un baúl.

JONAS. ¿Para marcharse?

CLARA. Para marcharnos.

JONAS. Cójalo usted.

CLARA. (*Atraviesa la escena.*) Gracias. (*Entra en lateral y mientras Jonas prepara su té, ella hace esfuerzos para sacar el baúl, que arrastra. Jonas mira de reojo, encogiéndose de hombros. Al fin, ante el esfuerzo de ella, habla.*)

JONAS. ¿No puede?

CLARA. (*Sin dejar de arrastrarlo y sin mirarle.*) Es bastante pesado.

JONAS. Permítame... (*Ella sigue arrastrándolo.*) Permítame, le digo. (*La separa y al erguirse ella, la ve Jonas.*) ¡Ah! Es usted... (*Murmurando.*) La que no se ha vuelto loca...

CLARA. Se lo agradezco...

JONAS. ¿Es su baúl?

CLARA. No, señor.

JONAS. Como lo lleva...

CLARA. Voy a meter en él la ropa de aquel armario.

JONAS. ¿Es usted la encargada de esos menesteres?

CLARA. Sí, señor. (*Abre el baúl y va a dirigirse al armario, mientras Jonas, con el cacharro del té en la mano, se dirige a la jarra del agua.*)

JONAS. (*Murmura para sí.*) Agua... Necesito agua...

CLARA. (*Parándose.*) ¿No enciende usted el infiernillo antes?

JONAS. ¿Antes?

CLARA. Es lo primero que se hace.

JONAS. Yo no soy un refinado.

CLARA. No es preciso ser refinado para eso. ¿Me permite que le haga yo el té?

JONAS. Si es como devolución al favor, con mucho gusto.

CLARA. (*Enciende el infiernillo y prepara el té.*) ¿Dónde lo va usted a tomar?

JONAS. (*Por la mesa.*) Allí mismo.

CLARA. ¿Sin mantel?
JONAS. Es lo mismo.
CLARA. No está bien. (*Saca del armario una servilleta y la pone. Luego ordena la mesa, colocando en ella la merienda de Jonas.*)
JONAS. ¡Qué lujo! (*Va al infiernillo y ella que se dirige al armario, se detiene.*)
CLARA. ¡¡No!! ¡No!... No toque nada. Los hombres tienen la mano demasiado pesada. Cada uno a su oficio. (*Toma un cubierto que deja sobre la mesa.*) Puede usted sentarse... Así... (*Se dirige al infiernillo.*)
JONAS. (*Comiendo.*) Da gusto verla trotar. Y no mete ruido, ni arma jaleo. No se la siente.
CLARA. Ya está el té dispuesto.
JONAS. Se lo agradezco de veras. ¿Cómo se llama usted?
CLARA. Clara.
JONAS. Clara... Bonito nombre: Clara. (*Ella se acerca con la taza de té y va a tomar el azucarero; pero él la rechaza brusco y se sirve el azúcar.*)
JONAS. He dicho que es un bonito nombre. Nada más.
CLARA. Muchas gracias. (*Por el té.*) ¿Está bien?
JONAS. Delicioso. Esto es verdadero té. ¿Se lo sirve usted así a su tío?
CLARA. Siempre. (*Va hacia el armario.*)
JONAS. Que suerte tiene... (*Ve el armario lleno de ropa, al abrirlo Clara.*) ¿Quién dobla y coloca tan bien la ropa?
CLARA. (*Acercando un banquillo al armario.*) Yo.
JONAS. (*Suspira.*) Esto me recuerda a mi pobre madre. También ella tenía un gran armario, arreglado como el suyo. ¡Qué trabajadora era mi pobre madre!
CLARA. (*Que trasladaba la ropa al baúl, se detiene.*) ¿Murió?
JONAS. Sí... Cuando apenas tenía yo quince años... Ya apenas quedan mujeres como ella. De vez en vez se tropieza con una..., usted por ejemplo.
CLARA. ¿Yo?
JONAS. Sí, al verla ir y venir con la ropa al brazo, me acuerdo de ella. Mi madre también andaba así, sin meter ruido. (*De pronto.*) ¿Quiere usted tomar conmigo una taza de té?
CLARA. No: gracias.

JONAS. Es verdad. Es idiota hacerla este ofrecimiento. (*Después de un silencio.*) ¿Le paga bien su tío?

CLARA. (*Trabajando*) Me quiere como si fuera su hija y me considero bien pagada con eso.

JONAS. (*Pensando.*) ¿Con eso? Yo en el lugar de él haría lo mismo... Una mujer que lo arregla, que lo cuida todo... ¿Y ahora, al marcharse, que va usted a hacer?

CLARA. Lo que hacía aquí.

JONAS. (*Empuja con el pie la tapa del baúl y se sienta encima.*) Sí, en pequeño... ¿Y si la ofrecieran buenas condiciones por quedarse?

CLARA. ¿Por quedarme?

JONAS. Sí, aquí.

CLARA. ¿Con usted?

JONAS. Conmigo. Porque acaso convenga llenar este armario mañana mismo. Y será necesario que alguien lo ordene y lo cuide... Además, al volver de la fábrica, me gustaría encontrar la chimenea encendida y la mesa dispuesta.

CLARA. Cásese usted.

JONAS. (*Saca la pipa, la llena, la enciende y se levanta.*) No... eso no... Me gusta mucho hacer cuanto me viene en gana; y...

CLARA. (*Vivamente.* ¿Fuma usted ahora?

JONAS. Sí... ¿Por qué?

CLARA. Le agradecería que no fumase; se lo agradecería... No puedo aguantar el olor a tabaco.

JONAS. ¡Ah! Ese es un gran defecto...

CLARA. Si usted lo quiere, me iré.

JONAS. (*Dejando la pipa.*) No, no: no se vaya y conteste.

CLARA. ¿A qué?

JONAS. (*Se le acerca.*) A lo que la he dicho. ¿Cuánto quiere usted por quedarse aquí, al frente de la casa?

CLARA. En primer lugar, eso es imposible, y después, aún no soy tan vieja y se...

JONAS. Se murmuraría... Cree usted que se murmuraría. Sí, efectivamente; existiría un motivo... Usted y yo... (*Paseando, aparte.*) Es una buena idea. La pequeña me sirve al pelo...

CLARA. (*Trabajando.*) Además, existe otra razón.

JONAS. ¿Otra?

CLARA. Mi tío me necesita y ahora que se ha quedado pobre, no debo abandonarlo.

JONAS. Al contrario; este es el momento.

CLARA. En América quizá, en España, no.

JONAS. (*Cogiendo distraído la pipa.*) Sí, tiene usted razón. Bien, la echaré de menos: eso será todo.

CLARA. Se acostumbrará usted.

JONAS. Sin duda... (*Clara le señala la pipa.*) Me olvidaba... Una distracción... (*La tira, rompiéndola.*) ¡Ea, se acabó!

CLARA. (*Sonriendo.*) No es muy grande el daño. Una pipa...

JONAS. Una pipa que ha atravesado conmigo el desierto de Far West y el mar. Las mujeres no tienen apego a nada. (*Mientras hablaba se ha servido un vaso de ron y bebe al acabar.*)

CLARA. Que modo de beber el ron... Si yo fuese su mujer o su hermana... (*Se encarama sobre una silla para alcanzar la parte alta del armario.*)

JONAS. Sí... Ni ron, ni tabaco... Muchas gracias... Una vida divertidísima. (*Brusco.*) Bueno, no va usted a acabar nunca... Yo la ayudaré... (*Alcanza la ropa tirándola a montones en el baúl.*)

CLARA. No, no: así no. Es preciso colocar cada cosa en su sitio.

JONAS. (*Aparte.*) Esta mujer es de hielo... Y yo le soy indiferente. Se le ha metido en la cabeza irse y... (*Se acerca a ella que trabaja, en voz alta.*) ¿Y si su tío se quedase aquí se quedaría usted también?

CLARA. Si se quedase, como yo no quiero abandonarle...

JONAS. Yo no le he echado a él... Si puede serme útil en la fábrica...

CLARA. Desde luego: ha de serlo. Siempre es necesario un sustituto, un auxiliar. Y él es un hombre serio...

JONAS. Verdad.

CLARA. Si usted quisiera...

JONAS. Que se quede...

CLARA. (*De repente.*) ¿Con las niñas?

JONAS. (*Rápido.*) ¡No! Eso no... Las niñas, no,

CLARA. Entonces no hablemos. (*Vuelve a su trabajo.*)

JONAS. No hablemos. (*Se vuelve. Pausa.*) ¿Sigue usted arreglando el baúl?

CLARA. ¿Pero ha podido usted pensar siquiera, que mi tío pueda quedarse sin sus hijas?

JONAS. Y a usted se le ha metido en la cabeza marcharse...

CLARA. ¿Quiere usted hacerme el favor de alcanzarme esas toallas?

JONAS. (*Acercándose al armario.*) Yo no soy un criado.

CLARA. Es verdad.

JONAS. Tome... Ahí las tiene... (*Aparte.*) No me puede ver; está clarísimo...

CLARA. Si se tomara usted la molestia de ayudarme, se libraría de mi presencia al momento.

JONAS. (*Se arrodilla al otro lado del baúl.*) Estaba pensando en eso. Al menos usted no es testaruda. Piense que, especialmente la pequeña, es una locuela, una atolondrada...

CLARA. Pero es muy buena. Y la mayor, cariñosísima.

JONAS. Lo creo (*Aparte. Mirándola.*) Tiene unos ojos preciosos... Pero es un hielo... (*Alto.*) También es desgracia, tener dos mujeres en vez de dos chicos. Los hijos son la fuerza en la familia.

CLARA. Pero la alegría, el atractivo, el cariño son las muchachas... (*Mientras Clara habla, Jonas, aprovechándose de los momentos que ella se vuelve, saca la ropa del baúl y la esconde debajo de la alfombra. Clara observa el juego y sonríe.*) Una casa llena de hombres, es un jardín lleno de fruta; pero en la vida no es conveniente desdeñar las flores... (*Sorprendiéndole en el momento que saca un puñado de ropa.*) ¿Pero que hace usted?

JONAS. Ya lo ve: arreglarla.

CLARA. ¿En la alfombra?

JONAS. (*Se levanta.*) Confiese usted que si hace ésto es para que yo rabie... Dígamelo... Hà observado usted que me agrada..., que me gusta... su presencia, que su marcha me irrita...

CLARA. (*Sentada sobre las rodillas, le mira mientras dobla una manta.*) También yo estoy contrariada... Me agradaría tanto quedarme aquí con mi padrino y sus hijas... "Si usted quisiera..."

JONAS. Ya, "si quisiera"..., siempre la misma canción... (*Co-*

*giendo de manos de Clara una punta del mantel.*) Vaya, consiento en tener a una de las chicas.

CLARA. (*Levantándose sin soltar la otra punta del mantel.*) ¡No! Las dos.

JONAS. La mayor: concedo la mayor.

CLARA. Y la pequeña.

JONAS. ¡No! ¡No!

CLARA. ¡Sí! ¡Sí!

JONAS. (*Suplicante.*) La pequeña, no: se lo ruego. Pero déjeme el mantel...

CLARA. (*Sin dejarlo.*) ¿Tendrá usted corazón para separar a dos hermanas?

JONAS. (*Quitándola el mantel.*) ¡Que se queden! Pero déjeme usted el mantel...

CLARA. (*Corriendo hacia la puerta.*) Voy a avisar a mi padrino que se quede con tío Pedro.

JONAS. (*Volviéndose.*) ¿Pedro?

CLARA (*A punto de salir.*) Claro...

JONAS. Yo no he hablado de Pedro; ni quiero saber una palabra de él.

CLARA. ¿Quiere usted separar a los dos hermanos?

JONAS. ¿Pero es que se burla usted de mí? ¿Qué quiere usted que haga de Pedro?

CLARA. Puede llevar los libros.

JONAS. ¡Que vaya al diablo!

CLARA. (*Vuelve al baúl.*) Lo siento...; pero no hablemos más. Mi tío no aceptará. ¿Dónde ha puesto usted el mantel?

JONAS. (*Irritado.*) Ahí está... (*Aparte.*) Le soy indiferente.

CLARA. No lo veo.

JONAS. (*En una rabia, arroja al baúl toda la ropa que había escondido.*) ¡Ahí está!... ¡Ahí está!... Todo...

CLARA. Gracias...

JONAS. (*Aparte.*) Me trastorna y me desespera. (*Se pasea agitado.*) Es de hielo y a mí me gusta... Si yo consintiese... (*Se detiene en seco frente a ella.*) Si consiento, ¿será usted capaz de proponerme que admita a alguna otra persona?

CLARA. (*Mirándole con dulzura.*) Si usted quisiera...

JONAS. (*Adivinando.*) Su mujer, ¿verdad?

CLARA. (*Tímida.*) Iba a decírselo.

JONAS. Esa que predica...

CLARA. Es un poco ridícula, pero en el fondo no es mala.

JONAS. En el fondo..., en el fondo del agua...

CLARA. ¡Jonas!...

JONAS. (*Con rabia.*) ¡No! ¡No! Lléveselo todo. Váyase. Es preferible... Me desespera usted de un modo, que no sé si...

CLARA. Perdone usted, Jonas... Me voy...

JONAS. Me voy, me voy, y lleva usted media hora impidiéndome beber y fumar... ¡Nadie, ¿oye usted?, nadie me ha tomado el pelo de este modo!

CLARA. Jonas...

JONAS. ¡No hay Jonas que valga! Me ha hecho usted romper la pipa, cosa que a cualquiera otro le hubiese costado salir por la ventana...

CLARA. Pero si no he sido yo...

JONAS. ¡Usted, usted!... Hágase la melindrosa, con sus maneritas y sus mohínes... "Si usted quisiera"... Pero, ¡diablo!, es usted, no yo, quien quiere... (*Brusco.*) ¿Aun no ha terminado con su baúl? (*Cierra violentamente la tapa.*)

CLARA. No se enfade, Jonas: voy en seguida. (*Arrastra el baúl.*)

JONAS. (*Deteniéndole con el pie.*) ¿Pero si no podía usted arrastrarlo vacío?

CLARA. Es verdad. Haré que alguien me ayude.

JONAS. (*Impidiendo el paso.*) ¡No! ¡No! (*Brusco.*) ¿Es que no quiere usted entenderme? ¿No ha comerciado usted nunca? Bueno, pues yo soy comerciante... Y norteamericano, aunque tenga sangre española... No hago nada porque sí... Y así puede uno entenderse, arreglarse...

CLARA. ¿Cómo?

JONAS. Es usted bastante lista para comprenderme... Se quedará el tío Pedro. Pero todo esto lo consiento por tenerla a usted aquí..., cerca... Es un trato que hago, y quisiera tener alguna prenda, una señal...

CLARA. No comprendo.

JONAS. Me comprende perfectamente.

CLARA. No, se lo aseguro...

JONAS. Bueno... yo quería... Usted y yo, ¿me entiende?...

Una bella muchacha y un buen mozo... ¡Me parece!... Aunque esto sucediera, no creo que le supiera mal a nadie... Vaya... Un beso de... amistad...

CLARA. No, no...

JONAS. (*Vehemente.*) Es que no quiere comprenderme. ¡Me ha vuelto usted loco!... La amo... y por las buenas o por las malas, no se va usted de aquí...

CLARA. Déjeme, déjeme... Se lo ruego.

JONAS. El beso...

CLARA. Déjeme...

JONAS. No me asustan tus manitas... Mira lo que hago con ellas... (*Le separa las manos de la cara e intenta besarla. En este momento, ella da un grito.*)

CLARA. ¡Ay!

JONAS. (*Espantado.*) ¿Qué?

CLARA. (*Fingiendo que se ha herido con un alfiler.*) Ha hecho usted que me pinche... Casi me he atravesado un dedo...

JONAS. Soy un bruto, un animal... Perdóname...

CLARA. No se insulte, y haga el favor de darme un trapo...

JONAS. (*Corre de un lado para otro.*) Perdóname... Soy un miserable... Un verdadero salvaje... ¿Te has hecho mucho daño? ¿Quieres agua? (*En su azoramiento, coge la tetera, la taza, el baúl, todo.*)

CLARA. Un trapito..., me basta.

JONAS. (*Le alarga una servilleta.*) Esto...

CLARA. Es demasiado grande.

JONAS. (*Confuso.*) Muy grande. (*Coge una tohalla.*) ¿Y esto?

CLARA. Espere... En el cestillo de la labor... (*Coge ella un trapo y se envuelve un dedo.*) Decía usted que aceptaba... Tráigame aquel ovillo de seda...

JONAS. Al tío Pedro... Conformes. Pero no quería hablar de eso, sino de nosotros... Yo te quiero... Me gustaste desde que te vi, al llegar...

CLARA. El tío Pedro y la tía Juana.

JONAS. ¡No!

CLARA. (*Al juego.*) ¡Ay!... ¡Cómo me duele!...

JONAS. (*Trastornado.*) No me perdonaré nunca...

CLARA. Tenga el ovillo. (*El tiene el ovillo y ella se ata el*

*extremo de la seda al dedo.)* Decíamos que el marido y la mujer...

JONAS. El marido, el marido sólo...

CLARA. ¡Qué pinchazos más dolorosos!

JONAS. Cómo podría aliviarte... *(Con su idea.)* Pero esa mujer es tan molesta... *(Tira del hilo al gesticular.)*

CLARA. Cuidado...

JONAS. Tan charlatana...

CLARA. ¡Ay!...

JONAS. ¿Te duele?

CLARA. Mucho...

JONAS. Por mi culpa... No me lo perdono... No... Soy un bárbaro... Un... un... *(A fuerza de gesticular y dar vueltas, se ha enredado en el hilo, que le rodea piernas, cuerpo y brazos.)* Bueno, sí... Consiento..., pero si te casas conmigo...

CLARA. ¿De veras?

JONAS. Si te casas...

CLARA. Gracias, gracias... ¡Padrino! ¡Padrino! *(Corre a la puerta arrastrándole a él, que no tiene más remedio que seguirla, enredado en el hilo.)*

JONAS. *(Aparte.)* Estoy preso, enredado, enganchado...
*(A las voces de Clara entran Matilde, Flora, Tía Juana, Quintín y Pedro, trayendo maletas y objetos de viaje en las manos.)*

## ESCENA ULTIMA

*Dichos, Matilde, Flora, Tía Juana, Quintín y Pedro.*

QUINT. ¿Qué ocurre?

CLARA. *(Desciende hacia el proscenio seguida de Jonas, al que lleva siempre sujeto por el hilo.)* Que pueden dejar sus maletas, sus baúles, sus muebles, sus libros. No nos vamos.

TODOS. ¿Cómo? *(Dejan caer las maletas.)*

CLARA. Preguntárselo a Jonas...

TODOS. *(Admirados de la familiaridad con que ha pronunciado el nombre.)* ¿Jonas?

CLARA. Sí... *(Tirando de la cuerda.)* Hable...

JONAS. Sí, tío; se quedan. La casa es bastante grande, y el corazón también...

QUINT. ¡A tu lado!

CLARA. (*Tira del hilo.*) Indudablemente.

JONAS. A mi lado...

PEDRO. ¿Todos?

CLARA. (*Tirando del hilo.*) Jonas...

JONAS. Todos... ¿Quiere abrazarme, tía? (*Se adelanta hacia ella y luego va a Matilde y Flora.*) Y vosotras, dadme la mano... Hecho; no hablemos más... He obedecido en todo...

CLARA. Aun no...

JONAS. ¿No?

CLARA. Falta una cosa... (*Sonriendo insinuante.*) Vamos, Jonas...

JONAS. Ya que estamos aquí, terminaremos... La tengo en el bolsillo...

CLARA. (*Sonriéndole, se le acerca y saca de su bolsillo el acta de donación.*) ¿Es esta?

JONAS. Rómpela.

(*Clara la rompe.*)

TODOS. ¡El acta de donación!...

QUINT. ¡Tiene alma!...

PEDRO. (*Aparte.*) ¡Y yo que deseé que naufragara!

JONAS. Y ahora que he hecho todo cuanto has querido, ¿qué merezco?

CLARA. (*Tendiéndole sus manos.*) ¡Esto!...

JONAS. (*Estrechándolas.*) Gracias... Estoy bien pagado... (*Se abrazan.*)

CLARA. (*Volviéndose a las mujeres.*) ¿Veis cómo tenía razón al deciros que la mujer, cuando más femeninamente mujer, cuanto más débil, es más fuerte?

TIA J. Pero vamos a ver, vamos a ver: ¿con qué ha encadenado usted a ese león?

CLARA. (*Enseñando el hilo de seda.*) ¡Con esto!...

TELON RAPIDO

# UNAS LINEAS...

*Unas líneas muy breves, lector, para decirte que venimos al mundo con una línea trazada y un propósito hecho. Nuestro camino es recto y firme, obedece a un plan bien meditado. Vamos a publicar en lengua española toda la literatura escénica universal.*

*A eso viene* TEATRO UNIVERSAL. *Las publicaciones teatrales son muchas, pero ninguna dedica la atención que merecen a esas joyas literarias, tesoros de belleza, de sentimientos, de sensaciones, que viven por los escenarios del mundo. Se limitan a darnos a conocer lo que producen nuestros autores.*

*Nosotros, sin que dejemos de publicar las obras de nuestros autores contemporáneos que lo merezcan, nos dedicaremos con preferencia, casi exclusivamente, podríamos decir, a los grandes autores mundiales, antiguos y modernos.*

*Ibsen, Hauptmann, D'Annunzio, Lord Byron, Goethe, Bjornstjerne Bjorson, Sudermann, Gorki, Alfredo de Musset, Pirandelo, Bracco Enrique Brieux, V. Sardou, Decourcelle, Emilio Fabre, Andrés Picard Florencio Sánchez, Méndez Bolio, Rusiñol, etc., etc. Iremos publicando todas las obras de renombre universal, de franceses, ingleses, rusos, alemanes, italianos, americanos, noruegos, portugueses, españoles..*

*Esta es la única línea que nos hemos trazado, y que seguiremos sin vacilaciones.*

Talleres de PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3. Madrid.